

PRIMERA PARTE

*La masculinidad como objeto de investigación
y preocupación social*

La categoría hombre es como la ostia y el cuerpo de Cristo: una presencia real pero oculta. Funciona como un referente de toda explicación sociológica, pero nunca está especificada como categoría sexuada.

Nicole-Claude Matthieu

INTRODUCCIÓN

En la literatura de corte académico, pero también en la literatura de amplia difusión y en los medios de comunicación, se habla a menudo de la “crisis de las identidades masculinas” sin saber muy bien qué se entiende por esta expresión: ¿el malestar frente a los cambios en las relaciones de género?, ¿la confusión de las categorías que servían para definirse como masculinos y definir a los otros como tales? La incertidumbre frente al futuro ha dominado cualquier intento de reconstrucción de los marcos conceptuales para pensar las identidades de género en el mundo contemporáneo. Repensar, redefinir la masculinidad, se ha convertido en una urgencia que ha dado lugar a un nuevo campo de estudios, los *men's studies*, surgido en buena medida como resultado del avance de la teoría feminista, de la constatación por parte de numerosos autores de la invisibilidad en las ciencias sociales del varón como actor dotado de género (De Barbieri 1992, Gomáriz 1992, Hearn 1987, entre otros) y de los cuestionamientos de los privilegios masculinos, provenientes de los movimientos feministas. A lo largo de la década del ochenta se producen, fundamentalmente en los países anglosajones, una serie de trabajos sobre la construcción social de la masculinidad, realizados por hombres que afirman sus vínculos con el movimiento feminista y con los desarrollos de la problemática de género. En América Latina, los escritos sobre los hombres y lo masculino, en una perspectiva de género, sólo han cobrado importancia desde fechas relativamente recientes. En contraste con la producción teórica norteamericana, los estudios latinoamericanos sobre masculinidad fueron iniciados en casi todos los países por mujeres provenientes del feminismo y sólo más tarde por varones, como resultado del espacio abierto por estas académicas y de las orientaciones impartidas en algunas conferencias internacionales, como se mostrará más adelante. El reconocimiento de la dimensión relacional del género posibilitó el estudio de lo masculino por parte de las mujeres, superando algunas tendencias culpabilizadoras en relación con lo masculino que han subsistido dentro del movimiento feminista. En efecto, la denuncia del sesgo androcéntrico

de los trabajos masculinos desembocó muchas veces en posiciones normativas: el deber-ser de la investigación feminista sobre la condición de las mujeres, la descripción de las mujeres como víctimas fundamentalmente, desatendiendo muchas veces los espacios de libertad y los fenómenos de resistencia presentes en toda situación de dominación (Defossez, Fassin y Viveros 1992). Abordar la cuestión de las mujeres como un elemento de una categoría más amplia, las relaciones entre hombres y mujeres, implica “analizar los mecanismos de dominación desde el punto de vista del dominante, como ya se ha hecho en el estudio de las clases sociales o los pueblos dominados” (Defossez *et al.*, *op. cit.*: 21).

En esta primera parte voy a intentar recoger y responder a una serie de preguntas que me han hecho y que me he planteado a lo largo de estos seis años en los cuales he trabajado el tema de las masculinidades en Colombia: ¿por qué escoge una mujer como objeto de estudio a los varones y las masculinidades?, ¿es pertinente y legítimo que una mujer estudie lo masculino?, ¿qué sesgos introduce en las investigaciones sobre masculinidad su pertenencia de género?, ¿de qué manera puede una mujer hablar de los hombres sin hablar en su lugar?, ¿qué aportes pueden hacer los estudios feministas a la comprensión y el análisis de las masculinidades?

En un segundo capítulo voy a examinar algunos de los trabajos publicados en América Latina a fines de la década del ochenta y en los años noventa para dar cuenta del amplio espectro de temas que abarcan los escritos actuales sobre masculinidad en esta región. Me parece importante mostrar la forma en que se han ampliado y diversificado estos estudios, abordando problemáticas que se trataban anteriormente en forma indiferenciada sexualmente o que no se problematizaban teóricamente. El surgimiento de lo masculino o, más precisamente, de las masculinidades, plurales, diversas, en los estudios en ciencias sociales, es, a mi modo ver, un signo de la evolución del campo de los estudios de género y de sus investigadores(as), que empiezan a manifestar la voluntad de debatir y elaborar conjuntamente, entre hombres y mujeres, sobre las relaciones de género.

Capítulo I

LAS MUJERES EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE MASCULINIDAD

1. ¿Cómo surge mi interés por los estudios de masculinidad?

Comencé a trabajar sobre varones después de una relativamente larga experiencia de investigación sobre las mujeres desde distintas perspectivas temáticas, fundamentalmente en el campo de la salud, el trabajo y la identidad de género. Como otras investigadoras en este campo, empecé trabajando sobre la mujer (en singular), cuestionando posteriormente la existencia de una categoría sociológica “mujer” única y general y, por consiguiente, la atribución de situaciones, actitudes o puntos de vista universales a esta “mujer”. Y aunque participé del desplazamiento de los estudios de la mujer a los estudios de las relaciones de género (cf. Henrietta Moore 1991), los hombres como actores sociales dotados de (y productores de) unas especificidades de género permanecieron ocultos en mis investigaciones por un tiempo más. Mi trabajo sobre “las parejas de doble carrera”, uniones conyugales en las cuales marido y mujer ejercen una actividad profesional que exige una alta calificación y un nivel de responsabilidad comparables, me brindó la primera oportunidad de hacer visibles las especificidades —de género— de las trayectorias laborales masculinas y de las formas en que los hombres asumen y articulan la vida profesional y doméstica (cf. Viveros 1992 y 1997c).

Los balances teóricos y empíricos de De Barbieri (1992) y Gomáriz (1992) señalaban que a comienzos de los noventas existían, en el trabajo acumulado en el campo de los estudios latinoamericanos de género, grandes vacíos relacionados con la investigación y reflexión desde la perspectiva masculina. En este contexto de relativa carencia de trabajos sobre los hombres como actores genéricos surge mi propio interés por el tema. Creo, como plantea Renato Rosaldo en su libro *Cultura y verdad*, que “todas las interpretaciones son realizadas por sujetos que están preparados para saber ciertas cosas y no otras”. Por ello, se necesita a veces una experiencia personal para poder acceder a ciertos significados, para propiciar el desarrollo de ciertos intereses.

En mi caso fue la maternidad, en 1993, la experiencia que paradójicamente reactualizó mis diversos interrogantes sobre lo que constituye lo femenino y por ende lo masculino. Digo “paradójicamente”, porque supuestamente la maternidad es la vivencia que cristaliza la identidad femenina y, como tal, aporta más respuestas que preguntas sobre esta identidad. Para mí, por el contrario, la maternidad ha sido una de las experiencias que me ha enseñado con mayor densidad emocional los límites de las generalizaciones sobre las mujeres y el desatino de atribuir ciertos comportamientos y actitudes a la “naturaleza femenina”. ¡Cuántas veces me sentí privada de memoria ancestral para realizar un sinnúmero de gestos cotidianos! Como muchas mujeres de hoy, tuve que librar una batalla personal para encontrar y afirmar la expresión de mi propio sentido de la maternidad. Y explorando los significados de la feminidad y de *mi* feminidad surgió mi curiosidad personal y académica por el tema de la masculinidad.

En la elección de un tema de investigación intervienen, por supuesto, otros elementos que provienen ya no de dimensiones subjetivas sino del entorno social, político y académico en que dicho trabajo se presenta. Los cambios económicos, sociales y culturales que se han producido en Colombia en las últimas décadas —en particular, la integración creciente de las mujeres a la estructura productiva del país y su permanencia en el mercado de trabajo, el aumento de los niveles educativos de la población, especialmente el de la población femenina, las reformas legislativas, la fuerte disminución del promedio de hijos por mujer y el desarrollo de un movimiento social de mujeres en sus diferentes corrientes— han generado la necesidad de entender sus múltiples efectos en las distintas dimensiones de la vida privada: la conyugalidad, la parentalidad, la sexualidad y la sociabilidad. Bajo la doble presión de las transformaciones sociales y de las nuevas teorías en las ciencias sociales se multiplicaron los cuestionamientos sobre los modelos unívocos de la feminidad y la masculinidad. Lo que significa ser una mujer o ser un hombre ha perdido hoy todo carácter de evidencia.

Por otra parte, en dos conferencias internacionales recientes, la de Población y Desarrollo, realizada en El Cairo en 1994, y la Confe-

rencia Mundial sobre la Mujer, realizada en Beijing, se planteó no solamente la necesidad de formular políticas, programas y actividades que permitieran transformar los roles y responsabilidades asignados a mujeres y varones en los diferentes espacios, sino también la obligación de promover y alentar la participación y la responsabilidad del hombre en todas las esferas de la vida familiar y doméstica. Estos planteamientos han tenido implicaciones sobre las orientaciones de las entidades financiadoras que han considerado relevante estimular los estudios de género que involucren la perspectiva masculina. En particular, en el campo de la salud reproductiva se ha señalado la importancia de desarrollar las investigaciones sobre el papel de los varones en las decisiones de fecundidad de la pareja, como el número de hijos, la selección de métodos anticonceptivos, su actitud frente a la sexualidad y sus consecuencias. También se ha planteado que los indicadores de salud de las mujeres no podrán ser modificados sin cambios en los patrones de comportamiento de la población masculina joven y adulta, en relación, por ejemplo, con las enfermedades de transmisión sexual, especialmente la infección por VIH/sida (cf. Arilha *et al.* 1998).

En relación con los elementos culturales, la mayor participación de las mujeres en el ámbito público (del trabajo y de las organizaciones sindicales y políticas) trajo consigo reflexiones sobre la necesidad de incrementar la participación de los hombres en el ámbito privado (de la vida sexual y reproductiva, de las tareas domésticas y de la crianza y educación de los hijos) para propiciar y garantizar el logro de una equidad de género. Valores como cuidado, respeto y responsabilidad han sido incorporados en forma creciente en los documentos internacionales y considerados fundamentales para el establecimiento de relaciones más igualitarias (García 1998). La confluencia de estos elementos sociopolíticos y culturales explica la creciente presencia de lo masculino en las investigaciones, publicaciones, políticas y acciones de las Organizaciones No Gubernamentales, en los programas académicos universitarios de los estudios de género y en los talleres de crecimiento personal en muchos de los países latinoamericanos y del Caribe.

2. *¿Por qué trabaja una mujer sobre los varones?*

La pregunta en torno al por qué trabaja una mujer sobre los varones y la masculinidad lleva implícita la pregunta sobre la legitimidad o la pertinencia teórica de un trabajo de las mujeres sobre los varones o la masculinidad. Estos interrogantes pueden relacionarse con una vieja controversia de la antropología¹: decidir si tiene sentido el estudio comparativo de las sociedades humanas; en este caso, si es preciso hacer parte de un grupo para comprenderlo. El planteamiento que se hacía en los inicios de la “antropología de la mujer”, de que las mujeres estaban mejor cualificadas que los varones para estudiar a las mujeres, dejó abierta la duda sobre la competencia de las mujeres para estudiar a los varones. ¿Acaso sólo la pertenencia a un grupo justifica o autoriza la posibilidad de su estudio? Después de todo, como lo plantea Judith Shapiro (1981:125), “si realmente hubiera que pertenecer a un grupo para llegar a conocerlo, la antropología no sería más que una gran aberración”. Algunas corrientes del feminismo y los estudios de género han aportado elementos para superar ese tipo de planteamientos, proponiendo no el estudio de la mujer sino el de la relación entre mujeres y varones, señalando la relevancia de estas relaciones en la estructuración de las sociedades humanas.

Por otra parte, al igual que se planteó en la reflexión sobre la relación entre las investigadoras y las mujeres investigadas, es importante considerar que el hecho de que investigadores e investigados pertenezcan a un mismo sexo no garantiza que compartan experiencias y problemas comunes. Las diferencias de clase, étnico-raciales o generacionales entre varones pueden ser a veces más fuertes que las semejanzas. Desde esta perspectiva también perdería sentido el supuesto privilegio de los varones en la comprensión de la masculinidad.

1. Traigo a colación esta reflexión sobre la antropología teniendo en cuenta que es el campo disciplinario dentro del cual ubico preferentemente, pero no exclusivamente, mi trabajo investigativo.

Según Roger Lancaster (1998), en las investigaciones del feminismo “cultural”, que parten de la idea de que las mujeres y los hombres somos radicalmente diferentes, se propone partir de lo más próximo —el propio ser, el propio cuerpo, las experiencias propias—, que es supuestamente lo que mejor se puede conocer, para después sí aventurarse a hacer generalizaciones acerca del mundo social. Sin embargo, como lo sugiere este autor, “el ser no disfruta de algún acceso privilegiado a sí mismo. Sólo desde un punto de vista ingenuo se puede pensar que un yo puede observarse directamente a sí mismo, puesto que un ser existe en la medida en la que se proyecta en el mundo”.

Otro problema interesante es el de las relaciones de poder en los trabajos antropológicos de campo y en los procesos de interpretación de los datos. La imagen estereotipada de la antropología corresponde a la de una disciplina que se ha ocupado del estudio de las culturas no occidentales (no hay que olvidar que la antropología surgió y se desarrolló con base en el dominio colonial). Además, en términos generales, el intercambio entre el investigador perteneciente a los grupos dominantes y el sujeto investigado —miembro de los grupos dominados— se ha caracterizado por ser una relación de fuerza. Desde este punto de vista se criticó el androcentrismo imperante en las explicaciones propuestas en la antropología social, considerando que durante mucho tiempo se asimiló la palabra “hombre” a la sociedad en su conjunto y que la visión masculina se consideró equivalente a la visión de toda la sociedad. ¿Qué pasa entonces con esa relación de poder cuando la investigadora es una mujer y los sujetos investigados son varones? ¿De qué manera puede este hecho significar la subversión o la transgresión de esta relación de fuerza?

Una posible respuesta es que generalmente se ha considerado que las únicas personas que han sido objetos de estudio para las ciencias sociales han sido las pertenecientes a los grupos dominados, lo cual explicaría la escasez de estudios sobre los grupos dominantes, sobre las élites, etc. Este énfasis tiene que ver también con el hecho de que el “otro” ha sido siempre el dominado y no el dominante y de que la diferencia muchas veces ha terminado equiparándose con una cierta inferioridad. En ese sentido los varones (sobre todo, los pertenecien-

tes a los grupos sociales dominantes) no han ocupado el lugar del “otro”, puesto que hombres y humanidad han sido considerados como sinónimos. Desde este punto de vista, cuando una mujer estudia al hombre no como a un ser humano sino como a un ser con especificidades genéricas, lo está analizando como un ser marcado por la diferencia, como un “otro”. Hacer visible la pertenencia genérica de los hombres significa, de esta manera, subvertir un orden social en el cual sólo las mujeres hemos estado marcadas por la diferencia.

En algunos de los hombres entrevistados en el marco de mi investigación sobre identidades masculinas en Quibdó y Armenia se percibió cierta dificultad para hablar de temas considerados íntimos y femeninos, como las relaciones afectivas, la sexualidad, la relación con el cuerpo. Esto, por varias razones: no sólo por lo que ya se ha convertido en un lugar común, la afirmación de que los varones son supuestamente menos hábiles que las mujeres para expresar sentimientos y emociones² sino también porque, al hablar de sus im-

2. Teniendo en cuenta que se ha vuelto un lugar común plantear que los hombres no expresan las emociones, me parece pertinente citar *in extenso* a Daniel Cazés, investigador mexicano que hace unas reflexiones muy atinadas sobre las formas “masculinas” de expresar las emociones: “Los hombres expresamos nuestros sentimientos tanto como las mujeres, pero siguiendo pautas masculinas. Cuando algunos hombres se sienten vulnerables o atacados, lo expresan en las formas más violentas imaginables, que incluyen desde las diversas formas de abuso y maltrato de los que hacen víctimas a las mujeres, a los menores y a otros hombres más débiles que ellos, hasta las guerras. Y si alguno expresa cierta sensibilidad aunque sea ligeramente parecida a la de las mujeres, otros hombres darán a entender que se sienten agredidos por ello, rebajando al atrevido con epítetos infamantes que lo feminicen, y atacándolo con furia. Las expresiones masculinas de cariño y ternura también siguen patrones precisos, cuya claridad es evidente, por ejemplo, en la poesía y el canto. Algunas de estas pautas se relacionan con la protección, el sustento y el sexo, y también se manifiestan al saludar, modular la voz, hacer regalos y caricias, etcétera. No me parece acertado afirmar que los hombres tenemos prohibido sentir y expresar emociones, ya que también aprendemos cómo hacerlo como hombres”.

plicaciones emocionales en dichos temas, se exponían al juicio personal de la entrevistadora y corrían el riesgo de ver afectada su imagen como varones frente a una mujer. En algunas ocasiones el diálogo con los varones entrevistados estuvo permeado por el deseo de presentar una buena imagen de sí mismos, razón por la cual adoptaron actitudes estereotipadas que hacen difícil evaluar la sinceridad de sus respuestas. Por el contrario, en otros casos, algunos entrevistados plantearon que les resultaba más fácil hablar de sus experiencias personales con una mujer que con un hombre, porque no se censuraban. Sócrates Nolasco (1993) señala, con base en su trabajo investigativo en Brasil, que, para un hombre, hablar de sus miedos e inseguridades con otro hombre es como “entregar en bandeja su propia cabeza a un enemigo”. Muchos de ellos sienten temor de no ser reconocidos como hombres, de ser juzgados como homosexuales, en la medida en que un hombre no tiene por qué hablar de sí mismo con otros hombres, excepto con aquellos amigos y compañeros con los que se sienta comprometido personalmente.

En otras oportunidades, sentí que intimidaba a algunos de ellos por la forma directa de formular preguntas relacionadas con asuntos personales y que mi comportamiento resultaba disonante en este contexto. Para ser aceptada por mis entrevistados y no ser percibida como intrusa o amenazante tuve que hacer un aprendizaje gradual de los códigos empleados en los intercambios verbales entre mujeres y varones en cada una de las dos ciudades y por cada uno de los dos grupos etéreos.

3. La investigadora y su lugar en la investigación

*El etnógrafo, como sujeto ubicado,
comprende ciertos fenómenos humanos mejor que otros.*

Renato Rosaldo

En los contextos en los que he desarrollado mi investigación no soy observada únicamente como una mujer. Por ejemplo, en Quibdó, la

capital del departamento colombiano con mayor porcentaje de población afrodescendiente, soy percibida (y me percibo) a la vez como una figura “familiar” —soy una “hermana de raza”— pero también como una “extraña” en tanto académica y feminista y, como tal, cuestionadora potencial de los privilegios masculinos. Se puede subrayar, de paso, que, para algunos líderes de los movimientos negros entrevistados, el feminismo es una ideología foránea que busca resquebrajar una supuesta unidad y homogeneidad del pueblo negro. Para algunos de ellos (no para todos) fue difícil comprender la pertinencia de un análisis de género, ya que éste se considera como una división sin sentido en la sociedad chocona y como la imposición de un enfoque y de un planteamiento “sin arraigo en la historia local”. Al respecto, uno de los entrevistados sugirió que las verdaderas líneas divisorias de esa sociedad eran la pertenencia a las distintas etnias y subregiones sociogeográficas³ y no las divisiones de género. Sin embargo, es importante señalar que estos mismos dirigentes, pese a no comprender siempre la pertinencia de mi trabajo, me abrieron las puertas de su ciudad y me ofrecieron los primeros contactos con los entrevistados. También es cierto que la presencia de colegas varones en el equipo de investigación fue de gran ayuda para mediar estas relaciones. En Armenia, la capital del departamento del Quindío, cuya población negra es muy reducida, me enfrenté a prejuicios muy similares en torno a la pertinencia de un enfoque de género y al feminismo. Como en Quibdó, *mi* lugar como mujer en la relación con los entrevistados siempre fue el fruto de una negociación no verbalizada entre mis propios significados de feminidad y los del entorno socio-cultural en el cual realizaba mi trabajo de campo. La diferencia entre una experiencia y otra es que en Armenia, aunque seguramente era percibida a partir de una doble alteridad, de género y étnico-racial, nunca se hizo referencia explícita a ella, probablemente porque mi

3. El Chocó se divide geográfica, hidrográfica y culturalmente en tres provincias: la provincia del Atrato, la provincia del Río San Juan y del Río Baudó, y la provincia costanera, tanto del Pacífico como del Atlántico (Valencia Barco 1998).

contacto con muchos de los entrevistados se hizo a partir de las redes sociales y familiares de uno de los miembros del equipo de investigación, cuya familia de origen está profundamente arraigada en muchas redes sociales de esta ciudad. Es muy probable que esta introducción social y mi propia posición como investigadora hayan neutralizado u ocultado la expresión de los distintos prejuicios que pueden estar presentes en las interacciones con los habitantes de esta ciudad.

Por otra parte, teniendo en cuenta que la experiencia vital de mis entrevistados de Quibdó y Armenia no se limita a su vivencia como varones, surgieron preguntas que no había contemplado inicialmente: ¿hasta qué punto la experiencia de la cultura regional (o étnico-racial), la clase y la edad transforman sus vivencias de género?, ¿cómo debo analizar sus relatos de vida en una perspectiva de género en primer lugar y sólo después diferenciarlos según criterios étnico-regionales, de pertenencia social y grupo etáreo?, ¿cómo evitar prejuzgar la importancia de una diferencia en detrimento de las otras si las diferencias de género, étnico-regionales y de clase se construyen y se experimentan conjuntamente? Al analizar la información proveniente de estos varones, el reto ha sido examinar las interacciones entre estas categorías, mostrando por ejemplo que la noción de masculinidad se construye no sólo en oposición a la feminidad sino también a otras masculinidades y que es necesario entender las relaciones que existen entre ellas. Igualmente ha sido evidente que no se puede equiparar mecánicamente la relación asimétrica que puede existir entre hombres y mujeres quibdoseños con las desigualdades y jerarquías presentes en las relaciones entre los sexos en el contexto sociocultural de Armenia.

Un elemento problemático en relación con la interpretación de los datos sobre los varones de Armenia y Quibdó tiene que ver con los juicios de valor que pueden sesgar el análisis de comportamientos diferentes a los prescritos por mis grupos de pertenencia (de clase, de “raza”, de género, de orientación sexual, de generación, etc.). Para traducir las experiencias masculinas sin hablar *por* los varones acudí a estrategias metodológicas como el enfoque biográfico que permite entender la construcción de la identidad masculina en los propios

términos del sujeto analizado (y analizante). Es innegable, sin embargo, que en función de mis múltiples posiciones sociales he privilegiado ciertos fenómenos sobre otros. Por ello, en lugar de buscar hacer invisible mi lugar en esta investigación me ha parecido indispensable explicitar —cuando lo he considerado necesario— el lugar desde el cual observo, enuncio e interpreto los datos.

4. Aportes de los estudios feministas al estudio de lo masculino

Para finalizar este capítulo, quiero plantear algunas reflexiones sobre los aportes de los trabajos feministas al estudio de lo masculino y sobre la importancia del punto de vista de las mujeres en la comprensión de la masculinidad.

En primer lugar, es importante considerar que los aportes de la mirada “feminista” no deben confundirse con los aportes de la perspectiva femenina. No tiene ningún significado analítico hablar de un punto de vista femenino, puesto que no existe la categoría universal “mujer”⁴. En segundo lugar, las perspectivas feministas no se definen por el sexo biológico de las personas que la practican, sino por el punto de vista en el cual se sitúan⁵. Plantearlo significaría reproducir

4. El significado en un contexto determinado de la categoría “mujer” u “hombre” no puede darse por sabido sino que debe ser investigado, ya que los hombres y las mujeres son fruto de relaciones sociales. Si cambiamos de relación social modificamos las categorías “hombre” y “mujer”. Por eso el concepto “mujer” no puede constituir una categoría analítica de investigación antropológica. Las diferencias biológicas entre los dos sexos no aportan ningún dato acerca de su significado social (Moore 1991).

5. Debemos advertir que el feminismo, como cualquier movimiento social a gran escala, no reviste una forma esencial ni unos objetivos homogéneos. No obstante, se ha identificado como fuente principal de sentido para los movimientos feministas el siguiente objetivo: “La tarea fundamental del movimiento, a través de las luchas y los discursos, es el de/re/construir la identidad de las mujeres despojando del género a las instituciones de la sociedad” (Castells, 1997).

un pensamiento naturalizante que enuncia una dicotomía irreducible, esencialista, en la mirada que pueden tener los investigadores e investigadoras sobre los hombres, sus prácticas y representaciones (Devèreux 1999).

Sin embargo, no puede desconocerse el lugar pionero que han ocupado las mujeres en la investigación sobre los hombres y lo masculino desde una perspectiva antisexista. Incluso en los Estados Unidos, donde existe una extensa producción sobre el tema realizada por hombres, ésta no se efectuó sino después de la acumulación de una abundante elaboración académica feminista y de la consolidación de los *women's studies* en numerosas universidades norteamericanas. La literatura de las ciencias sociales en algunos países de América Latina (Brasil, República Dominicana, Perú, Chile, Colombia, México, etc.) y otros países europeos como Francia, así lo demuestra también. En América Latina, es importante mencionar la investigación etnográfica de Ondina Fachel (1989) sobre los gauchos (trabajadores rurales de la ganadería extensiva); las iniciativas de Magaly Pineda (1991) para promover en República Dominicana el debate sobre los hombres y el poder; el estudio sobre identidades masculinas de varones de clase media en Perú de Norma Fuller (1997); el impulso a los estudios sobre masculinidad en Chile brindado por las investigadoras feministas chilenas Teresa Valdés y Sonia Montecino desde 1995; los trabajos de Ana Luisa Liguori (1995), Ivonne Sasz (1998) sobre sexualidad masculina en México, y las investigaciones que sobre identidades masculinas en distintos contextos regionales y sobre decisiones reproductivas se iniciaron en Colombia en 1993 (cf. Henao 1994, Salcedo 1995, Viveiros *et al.* 1995). En Francia, vale la pena mencionar el trabajo precursor de Nadine Lefaucheur y Georges Falconnet (1975), "La fabrication des mâles", en el cual se busca identificar, a partir del análisis de treinta entrevistas y cuatrocientos anuncios publicitarios, "el contenido de la ideología masculina". Igualmente buscan explicar cómo se construye la identidad social masculina a través de las experiencias masculinas en la pareja, en el ámbito deportivo, en el ejército, etc. Como lo señala Welzer Lang (1992), uno de sus principales méritos es haber dado la palabra a algunos hombres que se cuestionaban sobre el con-

tenido de una forma de vida masculina. Durante la década del ochenta, algunas mujeres como Anne-Marie Devereux (1984), Michèle Ferrand (1984) y Christine Castelain-Meunier (1988) continuaron planteando interrogantes sobre “el silencio de los hombres”, la identidad masculina en el mundo contemporáneo y la relación de los hombres con la paternidad, expresión privilegiada de una identidad “en crisis”.

Una de las características comunes a estos trabajos realizados por mujeres en América Latina y en Francia⁶ es haber buscado abordar el tema de los hombres y lo masculino en una perspectiva crítica de género, y no para intentar aliviar el malestar masculino con unos roles sociales obsoletos. Es decir, de manera más o menos explícita, estos trabajos han analizado a los hombres, sus prácticas y representaciones, en relación con su ubicación y posición en las relaciones de género; han abordado la masculinidad y la alienación de los hombres en el interior de un análisis del género como un sistema, como una “forma de ordenamiento de la práctica social” (Connel 1997). Por otra parte, han mostrado que la masculinidad no es un asunto exclusivamente masculino, sino por el contrario una cuestión relacional. En el caso francés, la socióloga Anne-Marie Devereux señalaba con gran pertinencia en 1988 que una de las condiciones para avanzar en el estudio de las relaciones de género era considerar que los hombres estaban en posición dominante al interior de las relaciones de sexo no

6. Voy a referirme a los estudios sobre el tema realizados en Francia, por dos razones: la primera, de orden personal, es la oportunidad que tuve de conocer los debates académicos sobre las relaciones de sexo durante mi estadía como profesora invitada e investigadora —en el Instituto de Altos Estudios sobre América Latina (IHEAL) de la Universidad de París III y en el Centre de Recherche sur les Enjeux Contemporains en Santé Publique (CRESP) de la Universidad de París 13— durante el año lectivo 2000-2001. La segunda razón, de orden académico, es que una de las especificidades de los estudios feministas en Francia ha sido la reivindicación, desde los años setenta, de la necesidad de estudiar lo femenino y lo masculino en un marco relacional (*les rapports sociaux de sexe*), término utilizado en Francia para designar lo que se ha llamado, en los países angloparlantes, las relaciones de género.

sólo porque las mujeres estaban en posición inferior sino porque las relaciones de sexo los ubican en esta posición, porque ellos están socialmente producidos para ocupar esta posición y porque ellos luchan para mantenerse en ella.

La relación entre los estudios de lo masculino y el feminismo —en sus distintas vertientes— no ha sido sencilla, como lo muestra el caso de los trabajos sobre hombres y masculinidad de lengua inglesa. Si bien, según Kenneth Clatterbaugh (1997), existen perspectivas para explicar lo masculino como la profeminista, que recoge los logros de la producción académica y del movimiento feminista y comparte su visión sobre el cambio social, también existen tendencias como la de los *men's rights* que se opone al feminismo planteando que este movimiento no ha generado para los varones las mismas opciones que ha logrado para las mujeres. Por otra parte, a nivel de la literatura de amplia difusión que se escribe sobre el tema se privilegia el examen de qué es lo que fragiliza el poder masculino y se ofrecen paliativos para aliviar el sentimiento de impotencia existencial que experimentan muchos hombres (cf. Cardelle 1992, Kreimer 1992). Aunque este objetivo contiene elementos constructivos, este interés en reforzar el poder masculino no deja de contener rasgos autoritarios preocupantes y en algunas ocasiones encubre una postura reaccionaria anti-feminista (Parker 1997). Además, las soluciones que plantean este tipo de análisis y propuestas son individualistas, descontextualizan las masculinidades de la experiencia real en las relaciones mujer-varón (Kimmel 1992).

En el campo académico norteamericano, algunos autores han discutido en torno a la pertinencia de la inclusión del punto de vista femenino en los estudios sobre masculinidad. Jeff Hearn (2000) plantea que no es deseable dejar los estudios sobre masculinidad exclusivamente a los hombres, porque esto sería una forma de perpetuación de la dominación masculina en el campo académico, y que, por el contrario, la multiplicidad de puntos de vista no puede sino mejorar la calidad del conocimiento sobre fenómenos complejos como el de las identidades de género. Por su parte, Matthew Gutmann (1997) señala la pertinencia de incluir descripciones y análisis de las mujeres

como parte del estudio sobre los hombres y la masculinidad. Siguiendo a este autor (1999), considero que la inclusión del punto de vista de las mujeres en los estudios sobre masculinidad es necesaria teniendo en cuenta que la masculinidad se construye en relación con las identidades y prácticas femeninas. Muchos de los trabajos sobre masculinidad han hecho énfasis en el aislamiento de los mundos de los varones y las mujeres, ignorando la importancia de las interacciones cotidianas entre unos y otras y el efecto de estas interacciones sobre las identidades masculinas. Resulta más acorde con la realidad abordar la masculinidad desde una perspectiva que dé cuenta de las múltiples interacciones de los varones con distintos tipos de mujeres y diferentes tipos de hombres. En resumen, lo importante no es que los estudios de masculinidad sean realizados por varones o por mujeres sino su capacidad de analizar las prácticas y representaciones de los varones desde sus especificidades de género, como parte de unas relaciones sociales que los colocan mayoritariamente en una posición de dominación. De esta manera la problemática de los hombres y la masculinidad contribuirá al fortalecimiento del campo de los estudios de género y al desarrollo de su capacidad explicativa de la complejidad que caracteriza las relaciones de género en el mundo actual.

Capítulo II

LOS ESTUDIOS SOBRE LOS HOMBRES Y LO MASCULINO EN AMÉRICA LATINA¹

Las investigaciones sobre los hombres y lo masculino en la región son muy heterogéneas. Los primeros estudios se orientaban fundamentalmente al estudio del machismo, definido como el culto a la virilidad, o hacían parte de investigaciones sobre grupos domésticos² o sobre el proceso de socialización de niños y niñas en distintos contextos sociales. Algunos de los problemas más generalizados en muchos de los estudios sobre el machismo de los años cincuenta y sesenta eran su carácter descriptivo, su tendencia a enfocar el machismo en el individuo, destacando los aspectos patológicos y negativos, y su perpetuación de una imagen estereotipada del hombre latinoamericano, particularmente del campesino y del obrero (Ramírez 1995). En contraste con las deficiencias de esta literatura, a partir de la década del ochenta se desarrolló otro tipo de estudios sobre masculinidad, que incorporó las contribuciones académicas del feminismo a la comprensión de la construcción cultural del género, los usos de la sexualidad y las relaciones ínter e intragénero (Gomáriz 1992). Hasta ese momento la identificación de los varones con lo humano y con una serie de privilegios hacía invisible la problemática de los varones en cuanto tales. Los trabajos feministas latinoamericanos permitieron la acumulación de un gran número de estudios sobre las mujeres pero ignoraron la perspectiva sobre los varones. Pese a que los estudios de género se plantearon la necesidad de enfatizar en el aspecto relacional de este concepto, la mayoría de ellos han centrado su atención en las mujeres.

1. Este capítulo es una versión ampliada y corregida, construida a partir de dos artículos publicados anteriormente (Viveros 1997 y 2001).

2. En el caso colombiano, los trabajos sobre la personalidad masculina y femenina en los distintos complejos culturales familiares (Gutiérrez de Pineda 1968, Dussán de Reichel 1954) constituyeron una base extensa y documentada para los posteriores estudios sobre la configuración de los roles femeninos y masculinos en esta sociedad.

El surgimiento del tema como problemática de investigación se dio paralelamente al desarrollo de grupos de hombres interesados en transformar sus prácticas en las relaciones de género por considerar que éstas eran fuente de opresión e insatisfacción no sólo para las mujeres sino para ellos mismos. En efecto, en este período no sólo se han publicado libros y artículos acerca de los varones y la masculinidad en muchos de los países latinoamericanos y del Caribe sino que se han multiplicado los talleres de “crecimiento personal” en los cuales esta problemática ha sido uno de los temas de reflexión y discusión. Por otra parte, en el ámbito institucional, tanto las Organizaciones No Gubernamentales como los Programas de Estudios de Género existentes en algunas universidades latinoamericanas han incorporado en sus políticas y acciones y en sus programas académicos la temática de la masculinidad³.

Esta creciente presencia de lo masculino en estudios, programas universitarios e iniciativas sociales da cuenta de la fuerza de las transformaciones de las relaciones de género a las cuales estamos asistiendo en América Latina desde hace treinta años. Los cambios económicos, sociales y culturales que caracterizan este período —entre los cuales vale la pena destacar los nuevos patrones de inserción laboral de las mujeres con sus múltiples efectos sobre las formas de organización de la vida cotidiana, los roles sexuales y dinámicas tradicionales de la familia— han generado la necesidad de comprender y modificar el lugar que ocupan los varones en las actuales relaciones de género (inter e intragénero). En cierto sentido es ya un lugar común la referencia a la denominada crisis de la masculinidad, expresión de los conflictos entre los atributos culturalmente asignados a los varones y las reacciones subjetivas a los importantes cambios sociales, económicos

3. Al respecto, consultar la interesante y detallada revisión que presentan Teresa Valdés y José Olavarria en la introducción a su compilación *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres, N° 24, 1997. Igualmente, la presentación de libro *Homens e masculinidades. Outras palavras*, Editora 34, São Paulo, 1998, escrita por Margareth Arilha, Sandra Unbehaun y Benedito Medrado.

e ideológicos que se producen en este lapso y que han sido protagonizados y propiciados de distintas maneras por las mujeres (Gutmann 1993 y 1999, Valdés y Olavarría 1997, Viveros 1997a).

Los estudios sobre masculinidad que se desarrollaron a partir de la década del ochenta retoman algunas de las perspectivas desde las cuales se ha estudiado y abordado el tema en los países anglosajones, en los cuales se creó, desde mediados de la década de los setenta, un nuevo campo de estudios: los *men's studies*. A continuación, describiremos algunas de ellas con el fin de presentar la gran diversidad de matices que encubre este campo. Kenneth Clatterbaugh (1997) examina una amplia gama de formas de estudiar y explicar lo masculino, tanto desde un punto de vista teórico como desde el del movimiento social, e identifica y caracteriza ocho de estas tendencias que van desde la conservadora, que reafirma los roles de género tradicionales, hasta la profeminista, que plantea que la masculinidad es el resultado del privilegio de los varones y la opresión de las mujeres y tiene efectos negativos sobre ambos, pasando por la perspectiva socialista, que se basa en la idea de que el capitalismo patriarcal define las masculinidades asociándolas al control económico de unas clases por otras. Cada una de estas perspectivas difiere en sus definiciones acerca de lo que constituye lo masculino y ofrece respuestas distintas al feminismo y a los cambios que se han producido en las relaciones de género en el mundo contemporáneo.

Michael Kimmel (1992) retoma en gran parte esa diferenciación de perspectivas reuniéndolas en dos grandes orientaciones: las primeras se definen como “aliadas” del feminismo, reconocen en las producciones teóricas feministas el fundamento para los estudios sobre masculinidad y plantean que los hombres deben confrontar su participación en el poder social; las segundas reivindicán una forma autónoma de estudiar la masculinidad y algunas de ellas, en la corriente mítopoética del libro *Iron John* de Bly (1990), buscan recuperar, a través de arquetipos junguianos, las virtudes masculinas y fortalecer a unos hombres que se sienten desprovistos de poder. También introduce una distinción muy pertinente entre la producción académica y los libros de distribución masiva. Los trabajos académicos se caracte-

rizarían por investigar desde un punto de vista histórico o social sobre el poder de los varones, mientras los libros de amplia difusión tenderían a discutir qué es lo que ha vuelto vulnerable hoy este poder. Comparto plenamente la posición de este autor cuando sostiene que, aunque el propósito de gran parte de esta literatura puede ser loable y encuentra resonancia en muchos varones contemporáneos, la posibilidad de alcanzar este objetivo sin incorporar las críticas que el feminismo señala a la masculinidad son muy reducidas.

Robert Connell (1997) distingue la existencia de cuatro enfoques presentes en las definiciones de masculinidad, fácilmente diferenciables en cuanto a su lógica pero constantemente superpuestos en la práctica. El enfoque “esencialista” define el núcleo de lo masculino en torno a un rasgo central, como puede ser la actividad para el psicoanálisis, al cual se le agrega una serie de características propias de las vidas de los hombres. Este enfoque resulta bastante débil, debido a la arbitrariedad con la cual se define lo que constituiría la esencia de la masculinidad. El enfoque “positivista” plantea una definición simple de la masculinidad: lo que los hombres realmente son. Esta definición es la base lógica de las escalas de feminidad/masculinidad en psicología o de las descripciones etnográficas de lo que se denomina el modelo de masculinidad. Para el autor este enfoque presenta tres dificultades: la primera, el hecho de que no hay ninguna descripción sin punto de vista (y los puntos de partida siempre son asunciones de género); la segunda, que para hallar atribuciones sociales de género se parte de supuestos fijos en torno a estas atribuciones, es decir, se parte de lo que se quiere investigar, y finalmente la tercera es que se supone una identidad fija con unas características claramente definibles para lo masculino y lo femenino. Para el autor, el uso de los términos “masculino” y “femenino” va más allá de las diferencias de sexo hombre-mujer y comporta también las diferencias intragénero. Los enfoques de tipo “normativo” reconocen las diferencias intragéneros y plantean que la masculinidad es lo que los hombres deberían ser. Cada hombre se aproximaría en mayor o menor medida a esta norma, pero pocos se adecuarían plenamente a ella, de lo cual se desprende de la pregunta por la legitimidad de dicha norma. Otro problema de

este enfoque es el hecho de que la definición normativa se centra en los roles y no resuelve el problema de la correspondencia entre rol e identidad. Los enfoques “semióticos” definen la masculinidad mediante un sistema de diferencia simbólica en que se contrastan los lugares masculino y femenino. Dentro de la oposición semiótica de masculinidad/feminidad, la masculinidad es “el lugar de la autoridad simbólica” mientras la feminidad es definida por la carencia. Para Connell, ésta es una definición efectiva dentro del análisis cultural y permite entender la masculinidad dentro de un sistema conectado de símbolos: en este caso, un sistema de relaciones de género. Sin embargo, tiene límites relacionados con su excesiva focalización en el discurso y el desconocimiento de algunas relaciones (de producción, consumo, poder) centrales en cualquier análisis social.

A partir de una revisión de la literatura antropológica sobre la masculinidad, Matthew Gutmann diferencia también cuatro formas de definir y usar el concepto de masculinidad en este ámbito disciplinario. La primera entiende por masculinidad cualquier cosa que los hombres piensan y hacen; la segunda se refiere a la masculinidad como todo lo que los hombres piensan y hacen para ser hombres; la tercera señala que algunos hombres, por adscripción o de forma inherente, son considerados “más hombres” que otros y la cuarta enfatiza en la importancia de las relaciones entre lo masculino y lo femenino y sostiene que la masculinidad es lo no femenino. Además de estas cuatro formas de entender la masculinidad existirían dos modos de enfocar el estudio antropológico de la masculinidad. El que aborda hechos y organizaciones exclusivamente masculinos, tales como el sexo entre varones o los bares para hombres (como lo hace la encuesta etnográfica de Gilmore 1990) y el que incluye descripciones y análisis de las mujeres como parte del estudio sobre los hombres y la masculinidad. El primero considera que no se puede eliminar la separación entre el mundo de los hombres y el de las mujeres. El segundo busca entender el lugar que ocupan las mujeres y las identidades femeninas en el desarrollo, la permanencia y la transformación de lo que significa ser hombres. Es el caso de Gutmann (1997), que sostiene que las investigaciones etnográficas sobre los hombres y la masculinidad de-

ben incluir las ideas que las mujeres tienen sobre los hombres y sus experiencias con ellos.

*1. El ingreso de lo masculino
en el escenario académico latinoamericano*

A continuación examinaré cómo ha sido abordado el tema en algunos estudios publicados en América Latina a fines de la década del ochenta y en los años noventa. Esta selección de textos no pretende ser exhaustiva ni ofrecer un panorama completo del estado actual del debate sobre la masculinidad en el área latinoamericana, tiene sesgos personales, seguramente responde a mis preocupaciones e intereses presentes y deja de lado trabajos relevantes. Las publicaciones señaladas deben tomarse fundamentalmente como puntos de referencia en el análisis de lo masculino. Busco proporcionar elementos de información útiles sobre algunos de los debates que genera en la actualidad el tema de la masculinidad y estimular la discusión y el análisis del proceso de construcción de esta producción teórica. Para ordenar el material revisado, privilegio algunos de los ejes temáticos que han orientado el desarrollo del campo de los estudios de masculinidad en América Latina en la última década, sin desconocer las diferencias que existen en los enfoques y abordajes. Estos ejes temáticos se agrupan en tres grandes secciones: la primera, “Identidades masculinas”, reúne los trabajos relacionados con los significados de la masculinidad, los efectos del contexto social en las identidades masculinas, las identidades masculinas en el mundo del trabajo, las masculinidades y las clases sociales, y las masculinidades y las identidades étnico-raciales. En la segunda, “Las masculinidades en el ámbito privado”, se hace referencia a las investigaciones relacionadas con las representaciones y prácticas en torno a la paternidad, los estudios sobre salud sexual y reproductiva y las fronteras de la sexualidad masculina. La tercera sección, “Violencias y homosocialidad⁴ masculina”, plantea una re-

4. La homosocialidad se puede definir como las relaciones sociales entre personas de un mismo sexo, ya sean relaciones entre hombres o relaciones entre mujeres.

flexión sobre las distintas violencias ejercidas por los varones y sobre los espacios de sociabilidad exclusiva o predominantemente masculinos, como los bares y los escenarios deportivos.

Los trabajos analizados han sido realizados principalmente a partir de distintas disciplinas de las ciencias sociales: la antropología, la sociología y la psicología social. En cuanto a los enfoques teóricos predominantes, es pertinente señalar la influencia que tuvo en ellos la crisis de los dos paradigmas teóricos dominantes en los años setenta en América Latina: el funcionalismo norteamericano y el marxismo en sus diferentes versiones. Una vez se produce la pérdida de centralidad de la clase obrera como categoría analítica, los llamados nuevos movimientos sociales, entre éstos el movimiento feminista, abrieron el camino para nuevos planteamientos teóricos y para nuevas preocupaciones sociales, como las de las relaciones de género y, dentro de ellas, las relativas a lo masculino. Vale la pena resaltar los aportes de ciertas mujeres, principalmente historiadoras, antropólogas y filósofas feministas, a la renovación de los estudios de género. Mencionemos, entre muchas otras, a la historiadora Joan Scott, cuya segunda parte de la definición de género indica que “el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder”; a Sherry Ortner y Harriet Whitehead (1981), cuyos trabajos ofrecen nuevas reflexiones sobre el género, ya sea como una construcción simbólica o como una relación social; a Henrietta Moore (1991) y Verena Stolcke (1992), que subrayan la importancia de mostrar las diferencias existentes entre las mujeres y las articulaciones entre género, clase, raza, etnia, cultura e historia, y, finalmente, a Gayle Rubin, que brinda elementos conceptuales claves para diferenciar las opresiones provenientes del género y las provenientes de la sexualidad.

También es importante mencionar las contribuciones de algunos autores como Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Anthony Giddens y Norbert Elias, entre otros, referentes obligados para muchas de las investigaciones revisadas. El filósofo e historiador francés Michel Foucault ha influido en toda una generación de investigadores(as) latinoamericanos(as) en ciencias sociales. Las referencias a su sistema de análisis (“discursos”, “genealogías” y “estrategias”) son omnipre-

sentes en los escritos sobre sexualidad. Son también muy visibles en la exhortación que hacen algunos(as) autores(as) a un análisis “pos-moderno” de la identidad y de los mecanismos y dispositivos del poder. Al sociólogo francés Pierre Bourdieu (1990, 1991 y 1998) se lo ha seguido por su aporte al análisis de las disposiciones psicosomáticas que diferencian los comportamientos en función del sexo (*habitus sexuales*), por su aguda crítica de la naturalización de la diferencia *biológica y anatómica* de hombres y mujeres, diferenciación que sirve de justificación indiscutible de la diferencia *socialmente instituida* entre los sexos, y finalmente por su capacidad de mostrar la dominación masculina como el modelo y parámetro por excelencia de toda dominación simbólica⁵. El sociólogo inglés Anthony Giddens (1995a y 1995b) ha contribuido a la comprensión de los cambios que han tenido lugar en los ámbitos de la sexualidad, el amor y la corporalidad, de las negociaciones que se realizan en la esfera de la intimidad (homologable para él a la democratización de la esfera pública) y de los procesos de individualización caracterizados por él como procesos emancipatorios. En América Latina se ha buscado documentar este proceso de transformación de la vida personal y social en su conjunto que señala, desde su punto de vista, hacia una equidad de género y hacia una igualdad emocional entre los sexos. El sociólogo alemán Norbert Elías ha marcado los trabajos recientes sobre género, incluidos los que se realizan sobre masculinidad, con su énfasis en los grados de equilibrio y desequilibrio de poder entre los sexos en sociedades históricamente determinadas. A partir de los análisis de Elías (1982, 1994) se ha podido señalar que estos cambios de equilibrios de poder no dependen de la buena o mala voluntad de los sujetos sino de dinámicas sociales más amplias, de luchas por el poder y por el prestigio entre las clases sociales, en momentos históricos determinados. Por

5. Sin embargo, su trabajo sobre *La dominación masculina* ha sido criticado por extrapolar un análisis de caso de las relaciones hombre-mujer en Kabilia de los años sesenta al conjunto de las relaciones hombre-mujer en el mundo contemporáneo (Devereux 1999, entre otras).

otra parte, los conceptos utilizados por él han permitido superar los enfoques sociológicos holistas de los que hablábamos anteriormente, al interrelacionar cambios que suceden en la vida cotidiana con otros de carácter más general.

Estas nuevas perspectivas en la investigación han traído una expansión del tipo de métodos de investigación cualitativos utilizados para dar cuenta de problemas complejos como el poder y las relaciones de género (Parker 1995). Igualmente se ha resaltado la importancia no sólo de los comportamientos sino también de los discursos, mostrando cómo a través de ellos se presenta, defiende y justifica la posición hegemónica de los varones (Ramírez 1995). Finalmente, es necesario señalar que los estudios contemporáneos acerca de la masculinidad se ubican en un contexto de profundas transformaciones de las sociedades latinoamericanas, que se perfilan como sociedades complejas, con fuertes poblaciones urbanas, un gran contingente de mujeres incorporadas al mercado de trabajo y movimientos feministas más o menos fuertes que han cuestionado los privilegios masculinos en el ámbito público y privado. En América Latina, la llamada crisis de la masculinidad⁶ ha tenido como trasfondo estos cambios sociales y económicos y la importancia adquirida por el movimiento social de mujeres en sus diversas luchas.

2. Las diferentes secciones temáticas

2.1. Identidades masculinas

2.1.1. Los significados de la masculinidad

Por ser estudios pioneros, en gran parte de carácter exploratorio, la mayoría de las investigaciones sobre masculinidad se ha enfrentado

6. Comparto la crítica de Robert Connell al concepto de crisis de la masculinidad, pues la masculinidad no es un sistema en sí mismo sino “una configuración de una práctica dentro de un sistema de relaciones de género”. En ese sentido, sería más riguroso el uso del concepto de crisis de un orden de género.

al desafío de conocer y analizar qué significa ser varón y qué consecuencias acarrea el serlo en el contexto latinoamericano. Entre los primeros estudios latinoamericanos que buscan responder estos interrogantes podemos citar el de Rafael L. Ramírez, *Dime capitán: reflexiones sobre la masculinidad* (1993) y el de Sócrates Nolasco, *O mito da masculinidade* (1993).

En el primero se explora, desde una perspectiva interpretativa, la construcción de la masculinidad en Puerto Rico. Se parte de una crítica a los usos del término “machismo” y se continúa con una descripción de las diversas masculinidades en distintos contextos etnográficos. Se afirma igualmente que la ideología dominante de la masculinidad se reproduce en las relaciones homosexuales entre hombres, para finalizar el estudio con un planteamiento acerca de la posibilidad de construir una nueva identidad masculina, despojada de los juegos de poder y competencia propios del rol masculino tradicional. Ramírez presenta, a partir de fuentes secundarias, su interpretación de lo que significa ser hombre en Puerto Rico, concluyendo que en este país “la ideología masculina se materializa en los genitales y se articula con la sexualidad y el poder” y que “los encuentros entre hombres están trabajados por el poder, la competencia y el conflicto potencial”.

En el segundo estudio se analiza, a partir de una investigación con veinticinco hombres de clase media, con edades entre 25 y 35 años, la forma opresiva en que son tradicionalmente socializados los hombres brasileros y sus relaciones con el trabajo, con sus compañeras, amigos e hijos y consigo mismos, y se cuestionan los parámetros sociales a través de los cuales se define qué es un hombre. Nolasco plantea que, en diferentes países, un número cada vez mayor de hombres busca caminos, terapéuticos o comunitarios, que los lleven a descubrir otro tipo de subjetividad en que las emociones no estén clasificadas según un referente sexista o sean adjetivadas como algo nocivo que se opone a la razón. En los relatos de los varones analizados por el autor las principales tensiones vividas por los hombres derivan de una tentativa de adecuarse a una expectativa de desempeño social que no corresponde ni a sus límites ni a sus deseos. Hasta hoy, los hombres tienen, según él, una conciencia sobre ellos mismos fundada

sobre algunos vagos conceptos de autoridad y tradición como referencia para definir lo masculino. Una de sus dificultades es poder construir una imagen sobre ellos mismos que tome en cuenta diferentes aspectos de sus identidades y no solamente aquellos esperados socialmente. El estereotipo del macho excluye estas diferentes dinámicas subjetivas, haciendo creer al individuo que un hombre se hace a partir de una serie de absolutos: no llorar nunca, ser el mejor, competir siempre, ser fuerte, no implicarse afectivamente ni renunciar nunca. Éste es el modelo que algunos hombres están intentando superar. El trabajo de Sócrates Nolasco, a diferencia del de Ramírez, intenta demarcarse del feminismo señalando que la organización de los grupos de hombres no puede ser caracterizada como un movimiento político y que cada uno de estos movimientos tiene características y dinámicas propias. También critica la asimilación que, según él, hacía el feminismo entre patriarcado y varones, y su representación de las mujeres como virtuosas y la de los hombres como fundamentalmente “malos”.

2.1.2. Los efectos del contexto social en las identidades masculinas

Algunos autores, como Henao (1994 y 1996), Gutmann (1993), Escobar (1998), Valdés y Olavarría (1998), abordan el estudio de las identidades masculinas prestando especial atención a los efectos del contexto económico, político, social y cultural sobre ellas. En Colombia, Hernán Henao mostró un temprano interés por el tema de la identidad masculina en el marco de los cambios nacionales e internacionales que se han producido en los últimos treinta años. En un trabajo realizado con base en las historias de vida de cuarenta y cinco drogadictos (1994), el autor reflexiona sobre la búsqueda de identidad masculina que se resuelve por la vía de la negación, el temor o la imposibilidad de responder a los retos que enfrentan los varones en el mundo actual. El autor argumenta que el lenguaje del consumidor de psicoactivos permite una aproximación a la palabra del hombre que siente que no tiene poder y está temeroso y es torpe para moverse en un mundo “del cual desaparecieron las súbditas”. En un estudio pos-

terior (1996), el autor muestra los cambios en los roles y valoraciones de género que tomaron fuerza después de los años sesenta con los movimientos feministas. Para ilustrar esos cambios hace alusión al varón del mundo contemporáneo, “un hombre al que se le demanda entrar a la casa y habitarla”, muy distinto del de antaño, cuyos papeles y valores se determinaban por fuera del ámbito hogareño.

Por su parte, Matthew Gutmann (1993) señala los efectos de la crisis económica mexicana de 1982 sobre los roles y valores tradicionales asociados a los hombres y las mujeres. Con base en un estudio etnográfico sobre las diferencias intergeneracionales en las identidades masculinas en la colonia popular de Santo Domingo, una de las zonas de invasión más grandes del distrito federal de Ciudad de México, el autor analiza el impacto de esta crisis en la vida cotidiana de los habitantes de la colonia, en particular la importante vinculación de las mujeres al mercado de trabajo y la creciente participación de los varones en las tareas domésticas, “erosionando el machismo”. Igualmente, plantea una crítica a los estereotipos sobre el “machismo” de los hombres mexicanos, particularmente el de los hombres de sectores populares, por considerarlos inadecuados y engañosos si se pretende entender cómo piensan los varones sobre sí mismos y cómo son vistos por las mujeres con quienes comparten su vida. Igualmente, uno de los principales méritos de este trabajo es la relación que establece entre los procesos individuales de construcción de la identidad y las modificaciones experimentadas en la sociedad mexicana en los años setenta y ochenta —que incluyen transformaciones y crisis económicas, luchas por las identidades étnicas, catástrofes ecológicas, etc.

Agustín Escobar Latapí (1998) analiza también los efectos de la reestructuración económica y social de México en las vidas de los hombres mexicanos, pero, a diferencia de Matthew Gutmann, no se centra en la experiencia cotidiana de los varones sino en la descripción que éstos hacen de los eventos y transiciones que definen sus etapas vitales, en relación con la familia, la escolaridad, la migración y el trabajo. Con base en el análisis de los relatos de vida de un cierto número de varones en Monterrey, Guadalajara y México, el autor

llega a las siguientes conclusiones: en primer lugar, la madre juega un papel determinante en la formación, la escolaridad y los inicios laborales de sus hijos. Posteriormente, desempeña un papel de apoyo en los arreglos domésticos y el cuidado de los hijos de las familias que conforman estos varones y deja de tener importancia en las decisiones que conciernen a su actuación en el ámbito público. En segundo lugar, aunque se presentan patrones de cambio en las actitudes masculinas frente al empleo de sus cónyuges, no se puede plantear que las relaciones de género estén siendo construidas homogéneamente sobre bases de negociación paritaria. Sin embargo, en una buena parte de los casos de las distintas ciudades analizadas se reportaron búsquedas de parte de los varones de nuevas formas de relación con las mujeres y la relativización de nociones como la de la responsabilidad económica exclusiva de los hombres y la del papel restringido profamiliar de las mujeres. Por último, es pertinente considerar que estos cambios de las actitudes y comportamientos masculinos han sido propiciados por las modificaciones económicas y sociales que se han producido en los últimos años en este país.

El trabajo de Valdés y Olavarría (1998) señala, igualmente, la importancia de contextualizar la construcción de las identidades masculinas en Santiago de Chile, en el marco de los cambios vividos por esta sociedad. Los autores plantean la imposibilidad de hablar de una sola masculinidad chilena y subrayan el carácter plural de las identidades masculinas a pesar de la relativa homogeneidad cultural del país, la vigencia de ciertos modelos hegemónicos y la fuerte impronta que dejaron sobre la vivencia identitaria de los varones los diecisiete años de dictadura militar. El análisis de los relatos de vida de varones de sectores medios-altos y populares en tres etapas diferentes de la vida permiten afirmar que el modelo hegemónico de ser hombre está bastante generalizado entre los varones de Santiago, independientemente de su condición social. Este modelo se reproduce de generación en generación a través de los distintos ámbitos de socialización y se refuerza cotidianamente en los diferentes espacios de homosocialidad masculina. No obstante, las certezas del modelo hegemónico estructuran más la vida de los varones mayores y de sectores popula-

res que la de los varones más jóvenes y de sectores medios, más críticos y distantes frente a él. Pero ni siquiera en estos varones se encuentra un cuestionamiento de fondo de los mandatos sociales que se derivan de este modelo ni una propuesta alternativa para vivir la masculinidad, ya que su descontento se ubica más en relación con su imposibilidad de modificar los roles familiares —de los cuales se sienten presos— que de una profunda reprobación del paradigma dominante.

2.1.3. *Identidades masculinas en el mundo del trabajo*

El ámbito laboral es un espacio que genera identidades socialmente reconocidas y en el cual inciden las relaciones de género, introduciendo diferencias e inequidades en las ocupaciones realizadas, en la distribución de los ingresos, en las modalidades laborales y en las evaluaciones de las actividades realizadas por hombres y mujeres. Así lo ilustra el trabajo de Virginia Guzmán y Patricia Portocarrero (1992) al analizar, a partir de historias de vida de obreras y obreros de la ciudad de Lima, la valoración que se asigna al trabajo femenino y masculino dentro del espacio fabril y la forma como se articulan las identidades de género y las identidades sociales de estos trabajadores. Las autoras sostienen que la presencia femenina en la fábrica no está totalmente legitimada y que los valores más estimados en este medio están asociados con cualidades “viriles” como la fuerza, la capacidad de resistencia, la posesión de conocimientos técnicos y el ejercicio de posiciones de mando. Plantean igualmente que la fábrica es ocupada material y simbólicamente por los hombres y que el sindicato, instancia privilegiada para la construcción del discurso obrero, está dominado también por las concepciones masculinas, vinculadas claramente con el espacio público y el ejercicio de la ciudadanía. Es decir: a pesar de que los lugares de trabajo, históricamente masculinos, se han vuelto mixtos, las mujeres no ocupan la misma posición que los hombres en los organigramas de las empresas y la concepción obrera del trabajo sigue planteándose en términos tradicionales masculinos (Pesce 1988).

Es interesante señalar el surgimiento de reflexiones sobre las identidades de género en relación con el ejercicio profesional de los varones en actividades reputadas ya sea como femeninas o como masculinas. Dos ejemplos en el campo de la sociología del trabajo son los trabajos de Dos Santos y Hernández presentados en el III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo⁷. Alfonso Hernández (2000) presenta resultados parciales de una investigación realizada en la ciudad de Guadalajara (México) —capital del estado de Jalisco, de donde son originarios los charros, símbolo a la vez de la nacionalidad mexicana y de la hombría de sus habitantes— sobre un grupo de hombres que trabajan en enfermería, un empleo reconocido como tradicionalmente femenino⁸. Hernández busca dar cuenta, en una perspectiva de género, de sus condiciones cotidianas de trabajo y de su identidad profesional en una situación laboral en la que los varones son minoría. Los once enfermeros entrevistados hacen parte de los noventa hombres que se desempeñan en esa profesión en el Hospital Civil de Belén en Guadalajara, y representan el 10% del total de trabajadores en el área de enfermería. Una de sus características importantes es que ninguno de ellos consideró en principio dedicarse a la enfermería ni la consideró como su vocación inicial; todos tienen otro oficio o empleo y algunos de ellos aspiraban a estudiar medicina y no pudieron lograrlo por diversas razones. Aunque algunos de ellos manifiestan haber descubierto que la enfermería es el ámbito que les ha permitido sentirse útiles para los demás y para sí mismos, tres de ellos tienen como firme propósito dejar de ser enfermeros. Si bien los

7. Agradezco a Luz Gabriela Arango, socióloga especializada en el campo de género y trabajo, haberme hecho conocer algunos de los pocos estudios existentes sobre el vínculo entre trabajo y masculinidad.

8. Según la definición de Wainerman y Geldstein citada en Hernández (2000), “el carácter femenino alude a criterios estadísticos del reclutamiento genérico preferencial de los recursos humanos a los que da ocupación; también a la definición genérica atribuida culturalmente a las tareas que forman parte del desempeño de las mujeres, como higienizar, curar, cuidar, ayudar, confortar”.

entrevistados refieren que no existen disparidades de género en la calidad y la habilidad para el desempeño del trabajo, buscan diferenciarse continua y cotidianamente de las mujeres realizando actividades que demanden fuerza física, percibida por ellos como el *token* o señal de género que está indiscutiblemente asociada a lo masculino. También pretenden distinguirse de sus colegas mujeres señalando el carácter “profesional” de su desempeño laboral, en oposición a la idea de “quehacer”, asociada a enfermería como ocupación que prolonga el papel femenino en el hogar y su rol de atención y servicio a los demás. En relación con la movilidad laboral, los análisis de Hernández muestran que los varones tienen un avance más rápido en la jerarquía laboral que sus colegas mujeres y buscan un rápido acceso a puestos acordes con su categoría de “hombres”, actitud que atribuyen a su masculinidad, ya que para ellos el hecho de ser hombres implica el deseo de logro y superación. En síntesis, aun en áreas laborales tradicionalmente femeninas como la enfermería, los hombres llegan con ventajas dadas por su género, disfrutan de mejores condiciones que las mujeres y compiten con ellas, no sólo con su desempeño laboral sino con su condición masculina.

Luciane dos Santos (2000) busca analizar las relaciones de trabajo y género entre los camioneros a partir de una investigación cualitativa realizada en dos ciudades de São Paulo y en los estados de Santa Catarina y Rio Grande do Sul (Brasil) con los camioneros, sus esposas e hijos y algunas personas relacionadas con ellos, como sindicalistas y médicos del trabajo. La profesión de camionero está reconocida como una actividad cuyo ejercicio demanda la incorporación de ciertos atributos de género asociados a la noción de masculinidad: la alta resistencia física y emocional, la falta de miedo frente al peligro, las demostraciones de virilidad y firmeza y el espíritu aventurero. Aunque el gremio de los camioneros se diferencia y se jerarquiza internamente con base en distintos criterios —la propiedad o no del camión, su tamaño y modernidad, los trayectos realizados (locales, nacionales o internacionales), el tipo de carga que transportan—, todos comparten la valoración masculina de su trabajo y, en su gran mayoría, los conductores son hombres. Este trabajo se ha visto, como otros,

afectado por una devaluación y una sobreexplotación de la fuerza de trabajo. La competencia entre conductores por rapidez, bajos costos y satisfacción del cliente se construye sobre un ritmo intenso de trabajo y una jornada laboral que puede superar las diecinueve horas diarias. Mientras el cuerpo del camionero es sometido a una elevada tensión, con riesgos obvios para su salud física y mental —los camioneros buscan estrategias para mantener la resistencia física, como el consumo de remedios cuyos efectos colaterales inhiben el sueño, el hambre y el cansancio físico y mental—, su vehículo es objeto de múltiples atenciones y cuidados. La potencia del camión, percibido como una extensión del cuerpo del camionero, se confunde con una auto-imagen de virilidad, valor, fuerza física. Pese a ser un trabajo solitario, los camioneros mantienen entre sí lazos de sociabilidad y solidaridad colectiva, de clase y de género, que se manifiestan en los bares, restaurantes y demás lugares de encuentro en el camino. Por último, vale la pena señalar que, aunque existen camioneras (la herencia de la profesión y el camión también se transmite a las esposas e hijas), las relaciones de los camioneros con ellas son limitadas y están marcadas por una cierta distancia en el trato. Algunas de ellas viajan con sus hijos y suman a las responsabilidades de trabajo las de la crianza, sometidas muchas veces a las condiciones poco flexibles impuestas por el trabajo. En este caso, el camión deja de ser percibido como una extensión del cuerpo, como en el caso de los varones, para transformarse en una extensión de la casa.

El artículo “Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo”, de Amalia Mauro, Katia Araújo y Lorena Godoy (2001), analiza los efectos de la globalización y las transformaciones tecnológicas y organizativas en el significado del trabajo para los varones, en la construcción de un modelo de trabajador y en las trayectorias laborales masculinas. El estudio se basa en entrevistas en profundidad y grupos de discusión con varones de dos cohortes de edad, de 25 a 39 años y de 40 a 55 años, que viven en Santiago de Chile y desempeñan toda clase de actividades laborales. La centralidad del trabajo en la identidad masculina está presente en todos los entrevistados, aunque algunos de ellos, principalmente universitarios, profe-

sionales y técnicos, plantean que trabajar no es una característica exclusiva de los hombres. El desempleo se percibe como una situación que de una u otra forma amenaza su identidad, no sólo por la pérdida de prestigio sino también por no poder cumplir una de las funciones atribuida a su rol social, y el estatus de desempleados genera en ellos un sentimiento de abandono y de falta de referencia. En relación con las trayectorias laborales, los cambios del contexto organizativo-institucional del mercado de trabajo, que exigen al trabajador flexibilidad, una creciente movilidad, capacidad de riesgo y mayores credenciales educativas, requieren de los hombres nuevas estrategias para orientar sus itinerarios en el mundo del trabajo. Si antes los modelos de relación laboral y de trabajador predominantes implicaban el desarrollo de una historia laboral lineal, de lento y continuo ascenso y aumento de los ingresos y beneficios dentro de una empresa o institución, sostenida por una clara división sexual del trabajo, hoy la constante reestructuración productiva y organizativa obliga a los varones a desarrollar nuevas capacidades y habilidades para adecuarse a los cambios constantes y para enfrentar, ya no la empresa o institución, sino el mercado laboral en su conjunto. Por otra parte, la mayor inserción de las mujeres en el mercado laboral y la generalización de las parejas biactivas profesionalmente han modificado la importancia de ciertos valores asociados al modelo de proveedor masculino y han presionado la ocurrencia de cambios en las identidades y trayectorias masculinas.

En estas distintas investigaciones se muestra que el trabajo sigue siendo un rasgo distintivo de lo masculino y la actividad que les permite a los hombres ocupar un lugar en el mundo adulto y adquirir identidad y reconocimiento social. Se pone de presente que para los hombres el trabajo no tiene un carácter opcional y, por el contrario, sigue siendo invocado como un destino incuestionable asociado al ejercicio de la masculinidad adulta. También se señala la influencia del género en el curso que toma la vida laboral de los varones, en la dinámica interna de las relaciones laborales, en el modelo de trabajador que se privilegia, en la concepción y el sentido que se le atribuyen al trabajo, en sus trayectorias e identidades laborales y en el ordena-

miento del espacio laboral mismo. Se aborda, además, en forma implícita o explícita, la articulación entre la vida laboral y la vida personal, familiar y social de los varones y la influencia del trabajo en el reparto de tareas entre hombres y mujeres en el hogar. Por último, se indica la influencia de los procesos de globalización y de reorganización del mercado de trabajo en las identidades masculinas y en las relaciones de género. Sin embargo, como lo señalan los mismos autores mencionados, siguen siendo pocos los estudios que ponen en evidencia el carácter sexuado del trabajo de los varones y la influencia del género en sus interacciones cotidianas en el ámbito laboral.

2.1.4. Masculinidades y clases sociales

Los trabajos reunidos en este aparte presentan reflexiones conceptuales y resultados de investigaciones empíricas que resaltan las interrelaciones del género con estructuras como la clase social. Los estudios de Bastos (1999) y Pineda (2000), por ejemplo, analizan las relaciones de género que rigen la dinámica interna de los hogares de sectores populares guatemaltecos y colombianos respectivamente, intentando ir más allá de la constatación de la dominación masculina en ellos. Para tal objeto, Santiago Bastos analiza algunos comportamientos ambiguos de los varones de los sectores populares de ciudad de Guatemala a partir del esquema dual de masculinidad que manejan. Por una parte, la imagen del varón se construiría en referencia a su capacidad de cumplir su papel de proveedor económico y así obtener el reconocimiento social y la posibilidad de imponer su autoridad sobre la mujer y los hijos del hogar. Por la otra, el varón tendría que mostrar su imagen de hombre libre de ataduras, en particular respecto a su mujer. Estas dos caras de su imagen de varón adulto pueden generar comportamientos destructivos y autodestructivos de parte de él. En otro artículo sobre el mismo tema, el autor compara los comportamientos y actividades que se desarrollan en los hogares indígenas y no indígenas que residen en los mismos barrios populares de ciudad de Guatemala. El autor cuestiona la forma en que se trabaja, muchas veces de forma implícita, la relación entre responsabili-

dad económica y autoridad doméstica. Propone partir de una concepción de la jefatura de hogar en la cual se separen analíticamente una parte normativa y otra actuante y efectiva. Plantea también la importancia de considerar que dentro de cada hogar varios de sus miembros comparten la posibilidad de ejercer el poder y la compleja interrelación existente entre la responsabilidad y la autoridad en el ejercicio de la jefatura de los hogares.

Por su parte, Javier Pineda (2000) busca analizar el contexto social que permite a los hombres colombianos de sectores populares subvertir las formas hegemónicas de masculinidad. Igualmente, se propone identificar las nuevas expresiones de masculinidad entre los compañeros de las mujeres jefas de hogar a partir de un estudio de caso en un barrio popular de Cali. Su estudio se basa en entrevistas a veintitrés hombres y dieciocho mujeres de treinta y un hogares de Cali, con jefatura femenina o compartida, cuyas jefas han sido beneficiarias del Programa de Desarrollo de Familias con Jefatura Femenina, auspiciado por el Banco Mundial de la Mujer (wvb). Pineda afirma que las relaciones de poder entre géneros en comunidades pobres urbanas de Cali han cambiado por una serie de factores de empoderamiento de las mujeres —como la relativamente alta movilidad física de la mujer, su participación en organizaciones comunitarias, la disminución de las tasas de fertilidad, la expansión de servicios educativos y de bienestar infantil — y de ausencia de empleo para los varones, generada por la crisis económica del país y la región.

En el caso de esta economía, en la que el sector informal ocupa a cerca de la mitad de la población laboral y en la que el lugar de trabajo y de residencia se superponen, el desempleo puede contribuir, como lo muestra la investigación de Pineda, a generar formas alternativas a los modelos dominantes de masculinidad, basados en buena parte sobre el papel de los varones como únicos proveedores del hogar. Sus entrevistas presentan a unos hombres más implicados cotidianamente en las tareas domésticas, aunque para muchos de ellos se trate de una situación temporal y reversible. También se muestran algunas formas masculinas de resistencia a una pérdida de poder, asumiendo el liderazgo en las tareas manuales y el trabajo pesado de la producción

en las microempresas mientras se les asignan a las mujeres las actividades livianas (administrativas). Estas actitudes, fundadas en prototipos tradicionales de la masculinidad, no han disminuido, sin embargo, su nivel de aceptación de una distribución más equitativa del trabajo y de las decisiones. En conclusión, Pineda propone la incorporación de una perspectiva integral de género que integre la dinámica de las identidades masculinas y femeninas para hacer sostenible una política de equidad de género y consolidar formas emergentes y alternativas de masculinidad.

Los trabajos de Liuba Kogan (1996) y Norma Fuller (1993, 1995, 1996) son algunos de los pocos estudios que abordan la construcción de la masculinidad en los sectores sociales dominantes. El primero de ellos analiza los estereotipos de género en sectores medios y altos de la sociedad peruana. Muestra además las particularidades que asume la construcción de la masculinidad en los hombres de sectores altos, relacionadas con el contexto de bienestar económico en el que transcurren sus vidas. También se subraya el carácter conservador de las relaciones de género en este sector social, en el cual el propio sistema social frena las posibilidades de transformación o modernización de los roles genéricos. Se señalan, sin embargo, diferencias entre los varones jóvenes y los mayores en relación con sus percepciones sobre los roles de género. El segundo (Fuller 1993) plantea que los varones peruanos de clase media no han experimentado los grandes cambios vividos por las mujeres de su clase con el ingreso a espacios considerados tradicionalmente como masculinos y la adquisición de nuevos derechos. Por esta razón, si se han visto en la necesidad de cuestionar el modelo masculino vigente, ha sido por las transformaciones vividas por las mujeres. En un trabajo posterior (1997) la autora analiza las representaciones de la masculinidad características de la cultura peruana de clase media. Concluye que existen tres configuraciones que contienen las representaciones de la masculinidad: la natural (virilidad), la doméstica (padre, esposo) y la exterior (trabajo, política), fundada cada una de ellas en códigos morales diferentes e incluso opuestos. Todo varón debe enfrentar a lo largo de su vida las exigencias contradictorias de estas esferas, haciendo énfasis en cada una de

ellas según el momento del ciclo vital en el que se encuentre y los elementos de su historia personal que estén en juego. Igualmente, la autora plantea que, aunque estas representaciones han cambiado hacia una visión más igualitaria de las relaciones de género, existe un desfase significativo entre las representaciones legítimas y las prácticas de este sector de la población peruana.

2.1.5. *Masculinidades e identidades étnico-raciales*

En las sociedades latinoamericanas, que han empezado a ser caracterizadas y reconocidas en la última década no sólo como policlasistas sino también como pluriétnicas y multiculturales⁹, se ha hecho necesario pensar en las distintas formas en que se construyen las identidades masculinas en los diferentes grupos étnicos y complejos socio-culturales. Una vertiente de este tipo de estudios, representada por los trabajos realizados por Milagros Palma (1990) y Sonia Montecino (1991, 1995), ha estado inspirada en análisis como el de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1959). Siguiendo a este autor, las investigadoras mencionadas afirman que la exageración y la arbitrariedad del predominio masculino en las sociedades coloniales ibéricas se deben a su nacimiento —real y simbólico— signado por la ilegitimidad. Para estas autoras, la figura de la Malinche hace parte del mito fundador del orden social latinoamericano y lo masculino se percibe construido en una relación problemática con lo femenino, a partir del modelo del hijo o del padre ausente. Aunque este punto de vista tiene, como lo plantea Fuller (1996), la ventaja de considerar las especificidades históricas de las sociedades iberoamericanas para explicar la dinámica de las relaciones entre los géneros, ignora el proceso de modernización en el que están insertas actualmente estas sociedades y las particularidades de cada una de ellas.

9. En este momento, la mayor parte de estados latinoamericanos (Nicaragua, Brasil, Colombia, México, Paraguay, Perú, Bolivia, Ecuador y Venezuela) han reformado o adoptado nuevas Constituciones, en las cuales se reconocen como naciones pluriétnicas y multiculturales.

Otro tipo de trabajos sobre el tema puede ser ilustrado por investigaciones sobre masculinidad como la que realiza Ondina Fachel Leal (1992a y b) en Brasil, la de Matthew Gutmann en México o la de Eduardo Archetti en Argentina, en las cuales se explora la articulación entre la identidad cultural (local o nacional) y la identidad de género. Fachel Leal plantea, a partir de sus investigaciones sobre la cultura gaucha, que la identidad gaucha está fuertemente imbricada con la identidad masculina. Para apoyar esta afirmación, la autora examina algunas de sus manifestaciones culturales, como los mitos, los encantamientos y magias de seducción, los duelos verbales y las representaciones de la muerte. En su trabajo “Suicidio, honra e masculinidade na cultura gaúcha”, explora el significado del suicidio masculino en el estado de Rio Grande do Sul, área de asentamiento de la cultura gaucha. En esta región, el suicidio es una práctica corriente y la muerte representa un desafío y una oportunidad para que los hombres prueben su masculinidad. Cuando un gaucho¹⁰ pierde su fuerza y no es capaz de domar la naturaleza que lo rodea, abandona su identidad como gaucho y su masculinidad. Su derrota es percibida socialmente como una feminización y una muerte cultural, y es experimentada por él como su muerte individual. En otro de sus artículos sobre el tema, la autora estudia uno de los mitos más importantes del folclor gaucha: el mito de la salamandra del Jarau¹¹. En este mito se pone en escena la lucha del hombre por no sucumbir al encanto de la mujer, percibida como un ser amenazante para su identidad tanto de hombre como de gaucho. Para Fachel Leal, los mitos son formas dis-

10. El gaucho es definido por la autora como el trabajador rural de ganadería extensa, habitante de la pampa latinoamericana.

11. En este caso particular, el mito narra la historia de una bella princesa mora transformada en salamandra que seduce a los hombres y los atrae a una caverna oscura en la cual después de superar difíciles pruebas pueden obtener de su mano siete dones: suerte en el juego, habilidades musicales y poéticas, conocimientos terapéuticos, carisma y poder sobre los hombres, etc. (que constituyen formas prescritas por la cultura para obtener el reconocimiento como un verdadero gaucho).

cursivas que organizan una explicación en relación con la realidad social. Desde esta perspectiva de análisis la narración sobre la salamandra del Jarau es examinada como un mito fundador de la sociedad pastoril gaucha y como el relato de la autogestación y autocreación del hombre gaucho.

En su artículo “Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos”, Matthew Gutmann plantea que el machismo se ha hecho equivalente a la cultura mexicana y que los machos se han presentado ya sea como el arquetipo o como la antítesis de la nación mexicana. En la sociedad mexicana el énfasis puesto en la masculinidad ha llegado a desempeñar un papel notable como símbolo nacionalista. México ha empezado a significar el machismo y el machismo a significar México. Desde una perspectiva crítica, Gutmann señala que las categorías que postulan diferencias estáticas entre poblaciones masculinas y femeninas limitan más de lo que ayudan a entender una situación. Los resultados de su investigación sobre las identidades masculinas en la ciudad de México contradicen las nociones estereotipadas de una masculinidad uniforme en las distintas clases sociales, grupos étnicos, regiones y generaciones. Igualmente, resaltan los nexos existentes entre la aparición del machismo y el nacionalismo, el racismo y las relaciones internacionales, y muestran cómo para el imaginario occidental, el machismo es un atributo de ciertos grupos sociales particulares, principalmente de los pobres, los menos cultos, los menos urbanos, los menos “blancos”, etc.

Por su parte, Eduardo P. Archetti (1998) estudia la complejidad inherente a los modelos de masculinidad, a partir del análisis de los textos clásicos del tango, un ámbito cultural representativo tanto de la imagen nacional argentina como de la masculinidad. El autor muestra, por ejemplo, que el narrador de los textos del tango es generalmente un varón (hijo) que pasa su tiempo libre con los amigos en el café, su segundo hogar, añora el amor romántico de una mujer e idealiza el amor materno, único sentimiento concebido como perdurable. En las letras de tango se ponen de presente, además, los dilemas psicológicos y morales entre el deseo fuera de las convenciones por la *milonguita* y el respeto de las normas sociales y familiares, encarnadas

por la madre. En el tango, las figuras masculinas claves no sólo son las del amante romántico (una imagen masculina transgresora) y el cínico bacán sino también las del *compadrito* —elegante seductor de las mujeres y arrogante rival de los varones— y del *compadrito* en crisis —traicionado por una mujer, pero con la posibilidad de ser redimido por el amor de una de ellas. Estas diferentes imágenes de la masculinidad son las que emergen en la capital argentina desde finales del siglo XIX, período en el que se intenta construir una identidad nacional desligada de lo rural y de la figura del gaucho, para adoptar una identidad urbana asociada al tango y sus distintos arquetipos masculinos y femeninos.

Recientemente, y acompañando los cambios constitucionales a los que hice referencia en nota de pie de página, en América Latina se ha pasado de un proyecto de nación homogénea, y por lo tanto mestiza, al de una nación que sería el espacio común de grupos que se distinguen por sus diferencias étnicas y culturales (Gros 2000). Esto ha significado que las naciones latinoamericanas han tenido que considerar la presencia e historia no sólo de los grupos indígenas sino también de los afrolatinoamericanos. Joel Streicker (1995), Mara Viveros (1997, 1998 y 2001), Fernando Urrea y Pedro Quintín (2001) son algunos de los investigadores que se han interesado por las identidades masculinas en ciudades colombianas que tienen una fuerte concentración de población afrodescendiente. No es casual que sea en Colombia donde los estudios sobre masculinidades se hayan inclinado por su análisis en relación con las especificidades de las poblaciones afrocolombianas, si tenemos en cuenta que, a diferencia de las décadas anteriores, en la última se han multiplicado los trabajos sobre distintos aspectos de la identidad del “negro” en Colombia y ha surgido un movimiento étnico-negro. En su estudio “Policing Boundaries: Race, Class and Gender in Cartagena, Colombia”, Joel Streicker analiza los contenidos de las categorías raciales a través de las articulaciones que se establecen entre clase, raza y género en la vida cotidiana. Este antropólogo examina las interacciones entre estas tres categorías en el discurso cotidiano de los habitantes del barrio Santa Ana en Cartagena, plantea que el discurso sobre la raza está inmerso en el

discurso de clase y género de los santaneros y que la interdependencia de estas tres categorías sociales tiene que ver con la naturalización de las diferencias, una poderosa forma de neutralizar el efecto de lo social y de las subjetividades individuales. En este contexto, la noción de masculinidad se construye no sólo en oposición a la feminidad sino también a la masculinidad de los varones negros y los varones ricos: los primeros considerados hipermasculinos, peligrosos y asociados con lo animal, y los segundos percibidos como más femeninos, por mostrar mayor interés en ellos mismos y por estar supuestamente sometidos a las restricciones que les imponen sus esposas.

En esta misma perspectiva, Mara Viveros (1997 y 2001) analiza las representaciones de masculinidad de un grupo de varones adultos de sectores medios de Quibdó, la capital del Chocó, el departamento que concentra el mayor porcentaje de población afrodescendiente del país. En los artículos citados se plantea que el desempeño sexual y la capacidad de seducción y conquista son rasgos que los entrevistados ponen en relación simultáneamente con la identidad “negra” y masculina. Esta afirmación no es analizada para confirmar los estereotipos racistas existentes sobre los varones negros, que los describen como seres obsesionados con la sexualidad, sino como una ilustración de las continuas y constantes imbricaciones entre el sexismo y el racismo. También, para mostrar la forma en que intervienen las experiencias ligadas a las características étnico-raciales en las identidades de género. La autora busca mostrar el carácter relacional de la construcción de las identidades. En esta perspectiva, es evidente que las masculinidades de los varones chocoanos se han erigido en referencia a las masculinidades de los varones no-negros que conviven con ellos y sus significados derivan en parte de estas relaciones de oposición y diferencia constituidas en un marco jerarquizado. Esto ha tenido varias consecuencias: una de ellas es que los varones quibdoños han sido definidos y se han definido ellos mismos como varones marcados por la carencia de riqueza, cultura, progreso y desarrollo, como varones dominados socialmente. Otra es que, para los quibdoños, sus capacidades corporales y sexuales constituyen un referente tanto de su identidad étnico-racial como de su identidad masculina.

Por su parte, Fernando Urrea y Pedro Quintín (2001) han dirigido su atención al análisis de algunas formas de sociabilidad de varones negros, menores de 25 años, en sectores populares de Cali, la capital más importante de la región del Pacífico colombiano, buscando relacionar formas de sociabilidad, condiciones de exclusión socio-racial y producción de subjetividades e identidades. La investigación permite concluir que, en términos de identidad de género, el modelo hegemónico que parece dominar entre los jóvenes del barrio es bastante rígido: las mujeres “igualadas” (emancipadas) son rechazadas y proliferan los discursos homofóbicos. Sin embargo, existen fisuras y fugas respecto a este modelo tanto en las prácticas como en las actitudes y especialmente en las expectativas de algunos jóvenes del barrio. Urrea y Quintín identifican también seis elementos que constituyen la matriz básica a partir de la cual se configuran las percepciones de estos jóvenes sobre ellos mismos y sobre los demás, y sus identidades individuales y colectivas: los atributos morales, los espacios de vida, los estilos personales, las identidades de género y las orientaciones sexuales, el espacio social del barrio y, por último, el imaginario socio-racial.

Antes de abordar otros ejes temáticos, podemos decir que en estos distintos trabajos sobre las identidades masculinas se documentan los cambios y comportamientos de los hombres en las dos últimas décadas en América Latina, una región que se ha descrito numerosas veces como “machista”, discutible término acuñado para caracterizar las relaciones de género prevalecientes (Fuller 1998, Gutmann 1998), marcadas por una fuerte dominación de los varones sobre las mujeres. Si bien algunos de los estudios subrayan que la identidad masculina se construye sobre los juegos de poder y competencia propios del rol masculino tradicional y sobre la represión de la expresión de las emociones, otros enfatizan las fisuras que se han producido en este modelo por diversas razones, tanto objetivas como subjetivas, propiciadas muchas veces por los cambios protagonizados por las muje-

res. Igualmente, en la mayor parte de los estudios reportados hasta este momento se señala la pluralidad de significados que tiene la masculinidad, no sólo en razón de las diferencias de clase que caracterizan a estos países sino también en el interior de las distintas clases sociales, en función del nivel educativo, la edad, los distintos momentos del ciclo de vida y los diversos contextos sociales y culturales de las relaciones intergenéricas.

Estos distintos estudios, en que el género está interrelacionado con otras estructuras sociales como la etnia/raza y la clase, permiten mostrar, en primer lugar, que la masculinidad no es una cualidad esencial y estática sino una manifestación histórica, una construcción social y una creación cultural. En efecto, la masculinidad tiene una variedad de significados según las personas, las culturas y los momentos históricos (Connel 1997, Kimmel 1997). En segundo lugar, que la articulación de la masculinidad a las diferencias étnico-raciales o de clase crea dinámicas más amplias entre las masculinidades. Debe eludirse, sin embargo, el riesgo de simplificación que comporta el reconocimiento de múltiples masculinidades, producto de la combinación de los efectos de la clase, la raza, la etnia y el género. Es decir, se debe evitar afirmar la existencia de una masculinidad negra, gaucha o de la clase trabajadora. Desde este punto de vista, no sólo es importante reconocer las múltiples masculinidades sino que también es necesario entender las relaciones que existen entre ellas y, aún más, identificar las relaciones de género que se operan dentro de ellas (Connell 1997). En tercer lugar, es importante subrayar que las identidades de género y las identidades de clase o étnico-raciales se adquieren al mismo tiempo y generan prácticas sociales marcadas simultáneamente por estas múltiples identidades (García de León 1994).

2.2. Las masculinidades en el ámbito privado

2.2.1. La paternidad: prácticas y representaciones

En muchas de las investigaciones realizadas sobre la construcción de la masculinidad surgió como tema preponderante la cuestión del pa-

dre, la constante asociación entre masculinidad, paternidad y responsabilidad, señalando la paternidad como el ámbito al que se le adscribe en forma privilegiada el ejercicio de la responsabilidad y como la forma más acabada de la masculinidad. En su estudio sobre identidades masculinas en Perú, Norma Fuller (1997) señala que la figura paterna es definitiva en la construcción de la identidad masculina, ya sea por su presencia o por su ausencia. La paternidad es un hito en la construcción de la identidad masculina, representa la consecución de la adultez plena de los hombres y constituye la experiencia más importante en su vida como tales. Es descrita como la inauguración de un nuevo período en el ciclo vital masculino y como la vivencia que permite demostrar públicamente que se es un hombre pleno, viril y responsable. Para esta autora, la paternidad tiene una dimensión natural, doméstica, pública y trascendental. Natural, porque es la última prueba de virilidad; doméstica, por cuanto permite ejercer el lado nutricional de la masculinidad; pública, en tanto vincula a los hijos con los valores que les serán necesarios para desempeñarse en el ámbito público, y trascendental, en cuanto asegura la continuidad de la vida y convierte al varón en creador. Por último se subraya el desfase existente entre el modelo del padre cercano, descrito como ideal, y la división sexual del trabajo que aleja al varón de las tareas domésticas y de la crianza de los hijos. Igualmente, se precisa que la centralidad de la experiencia de la paternidad sólo es tal dentro de las normas que rigen las relaciones entre los géneros, clases y razas de la sociedad peruana.

En *O mito da masculinidade*, Sócrates Nolasco plantea que la paternidad representa la dimensión más conflictiva de la identidad masculina y la que ofrece más retos al momento de intentar su realización. El autor examina el vínculo padre-hijo con la intención de llegar a entender mejor lo que les sucede a los varones que a pesar de haber sido hijos de padres ausentes intentan crear un sentido de pertenencia frente a este rol, involucrándose en la relación con sus hijos en mayor medida que sus padres. Esta nueva situación genera en los jóvenes padres sentimientos de miedo, placer y extrañeza. Nolasco afirma que la imagen del padre de hoy está construida más sobre la

noción de complicidad, placer y gratificación que sobre la de una imagen divina y referencia moral. Para este autor, la paternidad puede verse como una forma de inserción en la sociedad, que consolida el proceso de construcción de la identidad masculina y el modelo de autoridad desempeñado por los hombres.

Alejandro Villa aborda el tema de la paternidad a partir del estudio de los comportamientos sexuales y reproductivos de los varones. En su trabajo sobre "Fecundidad y masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones", Villa hace referencia a la falta de figuras identificatorias parentales que conduce a los hombres a buscar una identidad personal a través del grupo de pares. Para los varones analizados por Villa, los hijos representan la posibilidad de asumir las responsabilidades de padre y esposo, de experimentar un cambio de vida para sí mismos y en la relación que establecen con las mujeres. Tanto la apropiación de la fecundidad de las mujeres como la apropiación de los hijos son una forma privilegiada de brindarles trascendencia personal, cultural y social y constituyen un intento de superar su pertenencia social al grupo de pares. Según Villa, la valoración positiva de la paternidad está en permanente tensión con la autonomía social y sexual de la cual podrían disponer los varones por fuera del mundo doméstico y con las deficientes condiciones materiales que impiden el buen desempeño de los roles de padre y proveedor que les prescribe la cultura.

Hernán Henao hace referencia a los cambios que se han producido en los últimos años en las formas de ser padre en Colombia. A partir de una serie de estudios de caso en la región antioqueña, el autor señala que la figura del padre antioqueño tradicional era una imagen que cobraba existencia a través del discurso de la madre y el cura del confesionario: era "un ser inasible, que desaparecía en el momento de la cotidianidad". El varón-padre de hoy es, por el contrario, un hombre al que se le solicita relacionarse más con los miembros de la familia y disfrutar del ambiente hogareño, muy distinto del padre de antaño, cuyos papeles y valores se determinaban por su vida fuera del ámbito doméstico. Como lo plantea el autor, estas nuevas demandas al padre empezaron a tomar fuerza a partir de los años

sesenta con los movimientos feministas y adquirieron un sentido particular en los años noventa, período en el cual los varones colombianos empezaron a tomar conciencia de su problemática de género.

El trabajo "Paternidad y transición de género", de Benno de Keijzer en México, señala la existencia de diversos tipos de paternidad, entendida como "una posición y una función que va cambiando históricamente y tiene variaciones notables de una cultura a otra, así como en las distintas clases sociales y etnias dentro de un mismo país". De Keijzer realiza una distinción importante entre la paternidad biológica y la paternidad social, ya que en ausencia del padre otros hombres (abuelos, tíos, hermanos mayores y otros adultos no consanguíneos) asumen esta función. El autor señala que, a pesar de que en México ser padre posee un gran valor cultural, esta función no es evocada en los diagnósticos participativos de diversos grupos de hombres mexicanos, rurales y urbanos, cuando se exploran las características que los definen como hombres. En contraste, características como ser jefe, trabajador, proveedor, fuerte, arriesgado, valiente y mujeriego se asocian con frecuencia a lo "masculino". De Keijzer elabora una tipología de padres que incluye al padre ausente o fugitivo, modelo que encubre diversas situaciones: la de los hogares cuyo único o principal ingreso es aportado por la madre, fenómeno que ha crecido en forma sostenida; la de los hombres solteros adolescentes que no formaron pareja y huyeron ante el embarazo inesperado; la de los padres migrantes que establecen un tipo de relación semipresencial con los hijos e intervienen en su crianza más como reguladores que como personajes activos en ella; la de muchos hombres divorciados. De otra parte, en muchas regiones de México predomina aún el padre tradicional o patriarca, proveedor de la familia, que no se siente competente para el cuidado de los hijos o las tareas domésticas, considera que expresar afecto puede restar autoridad, mantiene generalmente distancia con los hijos y si se acerca lo hace sólo con sus hijos varones, a partir del momento en que puede comunicarse verbalmente con ellos. Estos hombres representan, para el autor, un factor de riesgo y limitaciones dentro de la familia, pues imponen formas de relación basadas en mecanismos como la violencia doméstica, asociada al alcoholismo.

Por último, el autor se refiere a un tipo de padres que podría ser descrito como una especie en construcción en México y que corresponde al de los padres que pretenden ser igualitarios. Estos hombres son a veces, en la cultura mexicana, objeto de burlas y descalificaciones que buscan controlar y desanimar el cambio en las relaciones de género. Al final de este recuento de las diversas formas en que se ejerce la paternidad en México, el autor señala cómo incorporan los varones en sus prácticas paternas una combinación de rasgos de los distintos tipos descritos y cómo pueden cambiar estas prácticas en distintos momentos de sus vidas (los abuelos tiernos y cercanos que han sido padres autoritarios) y en su relación con los distintos hijos(as). Es decir, la paternidad es entendida como un campo ambivalente y contradictorio para muchos hombres.

En su estudio etnográfico sobre las relaciones de género en la colonia Santo Domingo de la Ciudad de México, Matthew Gutmann explora temas que pueden ser asociados con la paternidad, como son la escasa vinculación de la sexualidad masculina a los imperativos reproductivos, la importancia de los lazos de sangre y su relación con el abandono y la adopción, los conceptos populares de familia, el adulterio y la poligamia. Para este autor, la diversidad de prácticas de paternidad existente en México es un hecho revelador del carácter ambiguo que tiene la masculinidad en ese país. En este contexto se critican las visiones simplistas que se han construido en torno a la masculinidad, reduciéndola a un estereotipo de irresponsabilidad y violencia. Igualmente, se sostiene que no existe un patrón mexicano de masculinidad en relación con el cual puedan compararse o ser comparados los hombres. Los resultados de su investigación señalan, por el contrario, que ser un padre cumplidor y comprometido es un rasgo central del ser hombre y que la paternidad comporta dimensiones distintas a la responsabilidad económica, tales como la posibilidad de compartir el tiempo libre con los hijos o la transmisión de saberes técnicos. También se muestra que las ideas y las prácticas relacionadas con la paternidad son elaboradas en forma diferente en las distintas clases sociales. Así, en las clases populares, de bajo nivel educativo y pocos recursos económicos, no es extraño que los hombres se

ocupen del cuidado de los niños pequeños, mientras, en los sectores de mayores recursos, las empleadas domésticas y las niñeras son quienes asumen gran parte de estos cuidados. Entre los jóvenes profesionales de los sectores medios se observan los mayores cambios en relación con sus prácticas como padres. En conclusión, se plantea la necesidad de realizar un acercamiento etnohistórico que permita rescatar las diferencias de clase y las diversidades regionales y generacionales en el ejercicio de la paternidad.

Por su parte, Marie Dominique de Suremain y Oscar Fernando Acevedo (1999) señalan, a partir de un estudio sobre jefatura de hogar y paternidad en sectores populares de Medellín, que, simultáneamente con las nuevas exigencias sociales y filiales sobre los padres, se han multiplicado los obstáculos objetivos que impiden el buen cumplimiento de este papel. Estos obstáculos se refieren a las condiciones sociales prevalecientes en los sectores populares colombianos —desempleo y/o precariedad del empleo, desplazamientos generados por las distintas situaciones de violencia— y a factores relacionados con las transformaciones de la familia en Colombia, como son el aumento de las separaciones conyugales y la asunción de nuevos roles por parte de las mujeres. Es decir, existe una brecha bastante considerable entre el modelo ideal del buen padre, cada vez más generalizado, y las posibilidades reales de ponerlo en práctica, particularmente en los sectores populares. Este desfase tendría consecuencias negativas tanto sobre los varones mismos como sobre el grupo familiar en su conjunto, aumentando los desencuentros entre los géneros y las generaciones.

Finalmente, vale la pena hacer una rápida referencia al tema de la paternidad adolescente, asunto bastante ignorado hasta hace pocos años en la investigación sobre paternidad. En algunos trabajos recientes de investigación e intervención en torno a la paternidad de hombres adolescentes en Brasil (Cardoso 1998 y Toneli Siqueira 2001) se indica la existencia de un “muro de silencio”, tanto en las instituciones y personas involucradas en el tema como en la bibliografía e investigación realizada en ese país. Cardoso (*op. cit.*) sugiere que, aun cuando un adolescente intente asumir un papel activo como padre de

su hijo(a), las instituciones sociales parecen negarle o impedirle la asunción de este rol. El autor del proyecto sostiene que este silencio que rodea a la paternidad adolescente implica una relación perversa de la sociedad con el adolescente. Al anular socialmente la paternidad adolescente se acaba por legitimar la ausencia paterna, pues se le dificulta al adolescente la posibilidad de pensar, prevenir o asumir su condición de padre real o virtual. Se concluye planteando que la atribución cultural de la concepción y la crianza de los hijos a las mujeres determina que éstos sean percibidos en la sociedad brasileña como seres pertenecientes a la madre y que el adolescente sea considerado únicamente como “hijo” y nunca como padre potencial. Por tal razón se hace necesario crear una red de apoyo para esos padres con el fin de que les sea posible asumirse como sujetos de su historia y como actores sociales que pueden y deben participar en la construcción de su destino humano y del de la sociedad en la cual viven. La investigación de Toneli Siqueira confirma el lugar secundario que se asigna al padre adolescente en el proceso reproductivo.

En Colombia, Serrano, Sánchez y Del Castillo (2001) subrayan la importancia asignada por los jóvenes bogotanos populares al respeto y a la responsabilidad como categorías que operan en la conformación y la significación de las subjetividades de los padres y madres adolescentes, en la medida en que definen las relaciones de género, orientan la sexualidad y en consecuencia modelan las corporalidades. El respeto opera, según los jóvenes entrevistados, como un regulador de las relaciones subjetivas e intersubjetivas, ordenando las demandas de respeto en torno a la sexualidad de las mujeres, la virilidad de los hombres y la autoridad familiar. La responsabilidad, por su parte, se percibe como el mecanismo que posibilita una reacomodación vital por efectos de la maternidad y la paternidad, e implica distintas formas de asumirla: en el caso de los hombres se asocia a la responsabilidad con la compañera y el hijo a partir del lugar de proveedores económicos y en el caso de las mujeres se relaciona con el cumplimiento de sus deberes como madres y esposas. Ambas nociones parecen conformar las distintas posiciones desde las cuales las madres y los padres adolescentes se perciben a sí mismos y a los demás, y a par-

tir de las cuales se atribuye un significado a la vivencia de la maternidad y la paternidad.

Como muchas de las investigaciones descritas lo muestran, la paternidad es un hecho complejo y constituye un ámbito de intersección de diferentes disciplinas de las ciencias sociales. Desde distintas perspectivas, los trabajos mencionados ponen en evidencia los cambios que se han operado en las formas en que se conciben y ejercen el cuidado y la crianza de los hijos, los roles familiares y de género y sus efectos sobre las representaciones y prácticas de la paternidad. En uno y otro estudio se ilustra la complejidad y contradicciones que caracterizan la paternidad contemporánea en América Latina, el impacto de los cambios socioeconómicos y políticos en las relaciones intra-familiares, la progresiva des-institucionalización del rol *paterno* —cada vez más independiente del recurso a la autoridad—, y la creciente importancia de la paternidad en los proyectos de vida masculinos. Los cambios operados en la forma de ejercer la paternidad conllevan a su vez transformaciones en las relaciones de género, en el significado otorgado a la infancia, en la experimentación de la intimidad y en las representaciones de la masculinidad¹². Finalmente, los distintos autores señalan la gran variabilidad existente en la experiencia de la paternidad según la inscripción socioeconómica y étnico-racial de los varones, su pertenencia generacional, sus experiencias primarias, los distintos momentos del ciclo de vida en que se encuentren y el sexo y la edad de sus hijos.

2.2.2. Los estudios sobre salud sexual y reproductiva

Desde hace pocos años ha aparecido un nuevo enfoque en lo que respecta al rol del varón en la reproducción y se ha empezado a cues-

12. En efecto, el ejercicio paterno se halla íntimamente relacionado con los procesos de construcción de identidad genérica de los varones. Una determinada forma de ser y sentirse hombre, de acoger unos roles y desechar otros, de comprometer aspectos afectivos profundos, define un tipo de significados y prácticas paternos.

tionar el mayor énfasis que la investigación de la salud reproductiva ha hecho en las mujeres ignorando la importante influencia de la conducta de los hombres en la salud de las mujeres y en las decisiones reproductivas (Tolbert *et al.* 1994). Algunos trabajos, como los de Figueroa (1995, 1998), Salcedo (1995), Tolbert *et al.* (1994) y Viveros *et al.* (1997, 1998) intentan colmar este vacío de información sobre los papeles masculinos en los campos de la salud reproductiva y la sexualidad. Los trabajos de Figueroa tienen por objeto identificar, en primer lugar, algunos elementos de la forma en que investigadores, educadores y activistas latinoamericanos han interpretado la salud reproductiva en el ámbito de los varones, y, en segundo lugar, algunas vertientes analíticas para ubicar a los varones dentro de los procesos de salud reproductiva. Los de Salcedo, Tolbert y Morris ilustran la forma en que las relaciones de género inciden en las decisiones que se toman en relación con el aborto. Los de Viveros *et al.* analizan las representaciones sociales de los distintos actores sociales implicados en el proceso de la esterilización masculina y las negociaciones a que da lugar esta decisión anticonceptiva en el ámbito conyugal.

Figueroa (1995) busca replantear algunos elementos del análisis demográfico tradicional vinculado con la fecundidad e identificar indicadores más complejos y comprensivos de la realidad que rodea a la fecundidad y al proceso reproductivo de las personas, incorporando a los varones de una manera más explícita. Por otra parte, en un artículo posterior (1998) considera que la medicalización de la regulación de la fecundidad, al ignorar las relaciones de poder presentes entre varones y mujeres, valida las especializaciones genéricas excluyentes. En efecto, los esquemas implícitos de interpretación de la fecundidad ubican a los varones como agentes que obstaculizan o facilitan la regulación de la fecundidad, pero no como seres que pueden regularla. Por último, Figueroa propone algunas estrategias analíticas y metodológicas para visibilizar la presencia de los varones en el ámbito de la salud reproductiva, que van desde el seguimiento de las transacciones que se construyen en torno a las opciones reproductivas hasta la identificación de las normas institucionales y las interpretaciones disciplinarias que dificultan la equidad de género.

Tolbert *et al.* señalan la incidencia de los modelos de las relaciones de género en las decisiones de abortar. Las autoras plantean que las parejas cuyas relaciones se caracterizan por una mayor equidad de género en los distintos ámbitos de sus vidas muestran un mayor grado de transparencia en sus negociaciones relacionadas con el aborto. En una perspectiva similar Hernando Salcedo (1995) analiza, a partir de entrevistas en profundidad a 72 hombres colombianos que se enfrentaron a la decisión del aborto inducido, las vivencias masculinas frente al aborto inducido y a través de ellas las representaciones masculinas sobre la vida sexual, la vida reproductiva y el sentido del deseo. En el estudio se analiza el papel de rito de iniciación masculina que juega para muchos varones el primer evento reproductivo, la disociación que efectúan entre el deseo reproductivo y el deseo sexual y la asociación del deseo de descendencia con la posición de las mujeres en relación con su propia vida afectiva. Finalmente se concluye que los hombres exigen participar de las decisiones procreativas y buscan formas alternas de concebir la paternidad.

Viveros, Otero y Gómez (1997) plantean en su artículo sobre las imágenes sociales de la vasectomía de los oferentes del servicio en Bogotá que éstas se construyen con base en un discurso biomédico, en las propias experiencias de vida de los oferentes y en su interacción con los solicitantes del servicio. El trabajo muestra que los orientadores o consejeros de los servicios de salud son los profesionales de salud que tienen mayor contacto con los usuarios, por ser los encargados de indagar sus motivaciones para solicitar el servicio y brindar una información que les permita tomar una decisión con tranquilidad y certeza. Adicionalmente, son quienes de manera directa filtran la demanda del servicio con base en una permanente negociación que realizan entre los criterios institucionales exigidos para realizar este procedimiento quirúrgico (número de hijos, espaciamiento de ellos, edad del usuario, estabilidad de la pareja y grado de seguridad en la decisión) y su percepción y valoración por parte del usuario. Las entrevistas realizadas señalan que la vasectomía es presentada por ellos como un método fácil e inofensivo y como una opción de planificación sexualmente liberadora. Por su parte, Viveros y Gómez (1998)

estudian el proceso de negociación que se produce en el interior de las parejas que escogen la vasectomía como método anticonceptivo. Concluyen que esta decisión no es un proceso individual sino que implica a otros actores sociales: la compañera del solicitante del servicio, los prestatarios de salud (médicos, enfermeros[as] y orientadores[as]) y el grupo de pares, que incluye frecuentemente a otros varones que han vivido esta misma experiencia. Señalan además que la decisión se construye y llena de sentido en el marco del proyecto de vida de la pareja, y en relación con otras decisiones que se toman en distintos contextos: familiar, profesional, social, etc.

Otros estudios, como los de Luis Leñero (1992), Armando Gomensoro *et al.* (1995) y Benno de Keijzer (1995), pretenden vincular la construcción de la identidad masculina y los comportamientos sexuales y reproductivos de los varones. Leñero plantea, a partir de su estudio de casos típicos de hombres mexicanos de las zonas urbanas, que detrás de las actitudes aparentemente respetuosas ante la mujer se oculta un “neomachismo” persistente, manifiesto en unas conductas reales y espontáneas que buscan perpetuar los privilegios del varón. Además, el uso de métodos anticonceptivos por parte de algunos varones no es necesariamente un sinónimo de previsión familiar y asunción de responsabilidades, y puede ser, en ocasiones, un indicador de todo lo contrario: una huida de los compromisos y responsabilidades conyugales y familiares a través de la adopción de una actitud defensiva hacia las mujeres. Gomensoro *et al.* (1995) presentan conclusiones similares en su estudio sobre 300 hombres uruguayos. El análisis de la información muestra que los varones cambian algunas de sus opiniones en relación con la familia, la pareja y la sexualidad, y algunos de sus roles sociales, pero mantienen sus “infraestructuras existenciales” más profundas. Ésta es la razón que explica, según los autores, que las relaciones de pareja y las familias sean, paradójicamente, más conflictivas que antes. Como respuesta a esta crisis se propone la construcción de un protagonismo compartido por varones y mujeres y de una “nueva condición masculina”. Por su parte, Benno de Keijzer vincula la socialización masculina con algunos comportamientos de violencia intrafamiliar, abuso y hostigamiento sexual, escasa

participación en la anticoncepción y durante el embarazo, pero también con las principales causas de muerte masculina. Retomando la tríada de la violencia de la que habla Michael Kaufman (1989), este autor propone pensar la masculinidad como un factor de riesgo para la salud en tres ámbitos: las relaciones con las mujeres, las relaciones con los demás varones y las relaciones consigo mismo. De esta manera busca hacer visibles los efectos nocivos para la salud que tiene la forma en que aprenden a interactuar los varones en el marco de una masculinidad hegemónica.

Un común denominador de estos trabajos es hacer visible la presencia del varón en un ámbito que ha sido adscrito tradicionalmente a las mujeres: el de la reproducción de la especie. Igualmente, estudiar las conductas y actitudes de los hombres en el campo de la salud sexual y reproductiva, por sí mismas y desde el punto de vista de los hombres. Aunque generalmente se ha planteado que la sexualidad masculina se caracteriza por su disociación de la reproducción, en estas investigaciones se muestra que, en la medida en que se han producido cuestionamientos en relación con la identidad masculina y los valores asociados a la sexualidad, la participación del varón en los distintos eventos reproductivos (anticoncepción, aborto, paternidad, esterilización, etc.) se ha visto problematizada. Por otra parte, a través de los estudios se percibe el desfase todavía existente entre la adopción de un discurso moderno que preconiza una participación del varón en las decisiones reproductivas y la construcción de nuevos modelos de vida familiar y relaciones de género sobre bases más democráticas y equitativas.

2.2.3. Las fronteras de la sexualidad

Existe una tendencia a asociar la masculinidad con la heterosexualidad, y la homosexualidad con la feminidad y la pasividad. Sin embargo, en forma paralela al surgimiento de movimientos homosexuales—los movimientos gays— que reivindican el derecho a vivir sus diferencias sexuales, se publica una serie de trabajos que busca deconstruir los modelos masculinos en la esfera sexual. Serrano (1994), García

(1993), Parker (1991) y Cáceres (1995), entre otros, señalan que la adopción de rasgos o comportamientos identificados como masculinos o femeninos, o de un rol pasivo o activo en las relaciones sexuales, es independiente de la orientación sexual. En ese sentido, los estudios sobre este tema han logrado mostrar que el comportamiento homo o heterosexual no está necesariamente asociado con un sentido diferenciado de identidad sexual (Parker 1996).

José Fernando Serrano (1994) plantea que la “homosexualidad” es una categoría, construida para referirse a ciertos aspectos de la vida de los seres humanos, que rebasa los componentes sexuales e implica toda una expectativa de vida y una forma de entender y sentir el mundo. A partir de sus entrevistas con varones homosexuales de sectores medios urbanos colombianos, el autor concluye que no existe una sola homosexualidad sino una diversidad de situaciones, múltiples géneros homosexuales en los que interactuarían componentes femeninos y masculinos, variando de acuerdo con la vida de los individuos. Por otra parte, a través de sus prácticas, los homosexuales les otorgan nuevos significados a las categorías y roles que la sociedad les impone. De esta manera resuelven la tensión entre la identidad que se les propone socialmente y la identidad que ellos elaboran y recrean. En un trabajo posterior (1999), Serrano analiza el cambio que se está dando en los espectáculos que tradicionalmente se presentaban en los bares y discotecas colombianos frecuentados por homosexuales. El autor señala que estos lugares han sido, por décadas, espacios privilegiados para el encuentro y la socialización, ya que, además de propiciar nexos entre individuos, contribuyen a la construcción de formas de identidad y ponen de manifiesto la cultura gay. Es el caso del surgimiento de figuras y shows como el del hipermasculino *stripper* o el de las *drag queens* que caricaturizan los estereotipos femeninos y muestran nuevas tendencias en las construcciones de identidad de grupos homosexuales.

Carlos Iván García, en su trabajo “Los pirobos del Terraza: interacción y discriminación sociales en un grupo de trabajadores sexuales”, desarrolla un análisis sociolingüístico orientado a mostrar las relaciones entre el fenómeno de la prostitución masculina y los pro-

cesos de violencia y discriminación social. El autor analiza el lenguaje y las características socioculturales de este grupo de niños y jóvenes varones prostituidos de Bogotá y los distintos elementos que cohesionan su identidad. En este estudio también se muestra la heterogeneidad de situaciones que encubre la palabra homosexual y la diversidad de actores y sectores sociales que participan de esta forma de vida. En un artículo posterior sobre el mismo tema (1999), el autor describe la identidad sexual y de género de los “pirobos” como un “gel, como un estadio coloidal que se va adecuando al contexto”. Para muchos de ellos, la remuneración que reciben por sus intercambios sexuales con hombres determina que puedan circular entre múltiples identidades sexuales (“loca”, “macho”, etc.) a petición del cliente, respondiendo a las leyes del mercado o haciendo gala de un cierto polimorfismo sexual que se puede asociar a su condición infantil, sin que vean por ello comprometida su identidad heterosexual.

Carlos Cáceres, en su artículo “Bisexualidades masculinas en la Lima de los noventa: consideraciones de salud sexual”, propone una taxonomía que intenta dar cuenta de la diversidad de experiencias de hombres con actividad homosexual en Lima. Los “personajes” descritos por Cáceres no deben considerarse ni estáticos ni claramente definidos sino en proceso de aparición o de extinción. Así, encontramos, principalmente en los sectores populares, al bisexual “activo” o “mostacero” que no cuestiona su heterosexualidad básica, al “marica” o “cabro” afeminado que no suele llamarse a sí mismo “hombre” y al travesti que despliega maneras femeninas agresivamente exageradas. En los sectores medios tenemos al “entendido” que participa en encuentros homosexuales clandestinos, al bisexual casado, al bisexual gay y al gay que participa plenamente en la cultura homosexual local y asume un estilo “macho”. A partir de estas caracterizaciones, Cáceres propone diseñar e implementar programas de prevención del sida y de promoción de la salud sexual más “democráticos” que consideren la heterogeneidad de los significados sexuales.

Richard Parker (1995) se interesa también por los problemas de salud sexual y reproductiva en relación con la formación de comunidades sexuales. En una revisión sobre el estado de la investigación en

sexualidad, este autor plantea que algunos estudios sobre las comunidades gays de varios países desarrollados han señalado la importante correlación que se puede establecer entre el desarrollo social y de redes de apoyo de las comunidades gay y la reducción de riesgo en el comportamiento sexual. Según Parker, la ausencia de tales estructuras en los países latinoamericanos permite explicar en gran medida la limitación de los cambios comportamentales en materia sexual. En otro artículo (1998), llama la atención sobre el carácter reciente de la homosexualidad como categoría sexual específica en el Brasil y en otras regiones de América Latina, y sobre el surgimiento acelerado, en esta región, de diversas culturas y subculturas organizadas en torno al deseo homoerótico. Parker muestra los distintos sistemas de significado que delimitan el espacio social y cultural de la homosexualidad masculina en la cultura contemporánea de Brasil y sus vínculos con las diferentes estructuras sociales y económicas tradicionales, modernas y posmodernas que coexisten en ese país (y en otros países de América Latina).

Con base en los estudios revisados podemos concluir que la relación entre comportamiento sexual e identidad de género es de una gran complejidad y que las formas a través de las cuales se construyen las identidades sexuales, en este caso “homosexuales”, en distintos contextos, dependen en gran parte de las categorías y clasificaciones disponibles en cada cultura para abordar la sexualidad. El foco de los trabajos sobre este tema se ha desplazado del comportamiento sexual en sí mismo hacia las situaciones socioculturales en las cuales se produce dicho comportamiento y hacia las normas culturales que lo organizan. Desde este punto de vista, las categorías culturales locales y los sistemas de clasificación que estructuran y definen la experiencia sexual en los distintos contextos sociales han cobrado gran importancia. Igualmente, se ha disociado el comportamiento homo o heterosexual de un sentido diferenciado de la identidad de género y se ha hecho evidente que términos como “homosexualidad” o “heterosexualidad” no reflejan la diversidad y la complejidad de las experiencias sexuales vividas.

2.3. *Violencias y homosocialidad masculina*

2.3.1. *Masculinidades y violencias*

Uno de los temas ineludibles en relación con la masculinidad en América Latina es el de las múltiples relaciones que se pueden establecer entre las masculinidades y las diversas violencias: política, social, intrafamiliar, de delincuencia común, etc. Los distintos autores que han estudiado estas relaciones han insistido en contextualizarlas en una historia signada por la fractura que impusieron la conquista y la colonización europea, la dominación de ciertas clases oligárquicas y la permanencia en el poder, durante gran parte del siglo xx, de los regímenes militares. Igualmente, en una realidad contemporánea atravesada por guerras y conflictos violentos, crisis y recesión económica. En resumen, en América Latina la construcción de las identidades masculinas se ha realizado en un entorno de violencia histórica y de violencia estructural.

Muchos de los primeros trabajos sobre violencia masculina centraron sus reflexiones en torno a programas de intervención con hombres inmersos en relaciones de violencia familiar. Eduardo Liendro (1998), Jairo Sequeira (1998) y Víctor Valenzuela (2001) son algunos de los investigadores que han analizado este tema, a partir de experiencias realizadas en México, Nicaragua y Chile, respectivamente, con grupos de hombres que buscan oponerse a la violencia intra-doméstica. Los dos primeros autores caracterizan el complejo cultural llamado machismo (definido por Liendro como “la valoración de los hombres por su nivel de masculinidad”) como uno de los fundamentos de la violencia y el abuso sexual que se ejerce contra las mujeres y los niños. Liendro, Sequeira y Valenzuela coinciden en señalar que detrás de esos comportamientos violentos se oculta una experiencia subjetiva de conflicto que tiene que ver con el miedo, la vergüenza y una gran sensación de vulnerabilidad. Igualmente, comparten el deseo de aproximarse al problema de la violencia conyugal más allá de la idea de víctimas y victimarios y de la estigmatización de los varones como “seres violentos o maltratadores” *per se*. Liendro su-

braya la dificultad de los hombres para escuchar a sus compañeras, ya que en ciertos ámbitos la escucha es asociada a la pasividad y por lo tanto es percibida como una actitud poco masculina. Sequeira hace referencia al papel que juegan en Nicaragua la religiosidad católica y la socialización familiar en la justificación de ciertos privilegios masculinos a los que hay que renunciar para poder abandonar los comportamientos violentos a nivel individual, interpersonal y colectivo. También indica la importancia que han tenido para el Grupo de Hombres contra la Violencia (compuesto por hombres provenientes de diferentes ocupaciones, ideologías políticas y orientaciones sexuales) la proximidad y los frecuentes intercambios con el movimiento social de mujeres. Por su parte, Valenzuela presenta algunas reflexiones sobre las formas de tratamiento psicoterapéutico que se brindan en el centro en el cual trabaja. Uno de sus objetivos es desarrollar redes sociales masculinas, propiciar lazos de hermandad entre los hombres. A diferencia de Liendro y Sequeira, Valenzuela señala que no se trata de desarrollar en los hombres cualidades como mayor contacto emocional y empatía con los otros, sino de brindarles otros canales de expresión a su fuerza y agresividad para poder lograr un cambio profundo en ellos que incluya modificaciones en sus conductas violentas. En los tres programas de acción, parte de las actividades que se realizan con los hombres es brindarles un espacio en el cual éstos aprendan a escuchar, a expresar lo que sienten, a conocer y cuestionar las dinámicas de interacción presentes en las relaciones de violencia, y a negociar las diferencias con sus parejas. En el caso chileno no sólo se interviene desde lo verbal sino también desde lo corporal a través de ejercicios físicos de descarga emocional, dinámicas colectivas de contacto y trabajos específicos con la expresión de la rabia, y, en el caso nicaragüense, se procura también elaborar documentos para divulgarlos a través de los medios de comunicación con el objetivo de incidir en la opinión pública y se busca apoyar los programas y políticas públicas que busquen contrarrestar la violencia en la familia y la sociedad.

Juan Carlos Ramírez (2001) es uno de los pocos autores que aborda el tema de la masculinidad y la violencia conyugal desde un punto de

vista teórico y no práctico. Ramírez comparte con los trabajos mencionados anteriormente la crítica a la visión estática sobre la violencia doméstica, en la cual siempre hay una víctima (la mujer pasiva y resignada) y siempre hay un perpetrador (el hombre activo, impositivo y dispuesto a asestar el siguiente golpe). El autor busca entender cómo se construye la relación violenta en la pareja desde la perspectiva masculina y relacional, a partir de un estudio con varones de tres generaciones (menores de 40, entre 40 y 59 años, y mayores de 60, residentes en un barrio popular de Guadalajara, México). Para tal objeto intenta identificar las relaciones que éstos establecen con sus parejas, sus familiares y sus pares. Los resultados de su trabajo muestran diversas situaciones que rompen muchos de los estereotipos que se han construido en torno a los varones que están inmersos en relaciones de violencia: hombres para los cuales la violencia en la familia de origen no ha sido un elemento determinante en sus propios comportamientos violentos, grupos de pares desfavorables a la adopción de prácticas que legitiman la violencia masculina, y algunos hombres cuyas relaciones de pareja se fundan en procesos democráticos.

En el segundo Encuentro de Estudios de Masculinidades, realizado en Santiago de Chile en noviembre de 2000, se crea un espacio de debate sobre violencia y masculinidades no sólo en la familia sino también el espacio barrial, en los recintos carcelarios y en instituciones públicas como las fuerzas armadas. Humberto Abarca pone en relación la violencia masculina juvenil en las barras locales de fútbol de las poblaciones pobres de Santiago con la reubicación forzada de sus familias de origen durante la década del ochenta por la dictadura militar chilena. Este traslado se hace a lugares alejados de los centros urbanizados, en los cuales se ven obligadas a cohabitar con familias indigentes de diferentes orígenes. La convivencia entre los pobladores se degrada a tal punto, que la violencia entre grupos de varones y barras de fútbol se convierte en el mecanismo regulador de un orden basado en la defensa de la territorialidad y en el nivel de temor que se logre infundir en los demás. Este orden moldea las masculinidades del sector y marca el surgimiento de un proyecto de identidad colectiva como “barrio bravo” (en el que existen grupos de varones con un

fuerte potencial de ejercicio de la violencia) que invierte el estigma negativo del sector y busca compensar la memoria negativa del desplazamiento forzado. En las barras de jóvenes del barrio la expresión principal de los conflictos se manifiesta en torno a la gestión de territorios (espacios de expresión, representación, actuación y permanencia). En ellos predomina la ideología del *aguante*, es decir, el arte de desplegar un sentimiento estoico ante la adversidad (que cristaliza para ellos el ideal de masculinidad). El aguante se prueba en la dificultad o en la “tentación de afloje”, cuando el equipo de fútbol pierde o cuando las condiciones a las que se enfrenta son adversas, y en la pertenencia al grupo de choque o “piño de choque”. La forma de obtener un reconocimiento por parte de los pares es a través de la búsqueda activa del enfrentamiento con los equipos rivales y la pelea se convierte en la oportunidad que se brindan mutuamente de ganar prestigio dentro de los grupos. Para los barristas antiguos, ésta es también un etapa por la que deben pasar todos los muchachos, y son ellos quienes deben asumir los papeles protagónicos mientras los mayores se convierten en guerreros “pasados a reserva”. Finalmente, el autor plantea la necesidad de tomar conciencia sobre el papel jugado por la modernización urbana en el surgimiento de las barras bravas y señala la importancia de reconocerlas como interlocutoras en el espacio local, de crear condiciones para la construcción de un proyecto de identidad colectiva centrado en la solidaridad y de ofrecer a los jóvenes oportunidades de empleo que permitan dar continuidad a sus deseos de expresión cultural.

En su artículo “Espacio carcelario y reproducción de la violencia masculina en Chile durante el siglo xx”, Marcos Fernández Labbé, historiador chileno, analiza la cárcel como un espacio social privilegiado de reproducción de la violencia masculina, a partir de distintas posiciones estructurales, simbólicas e identitarias. El autor señala que los combates constantes que se dan entre reclusos son disputas por un posicionamiento en la estructura particular de las relaciones de género que se producen en el interior de un espacio monosexuado. En la cárcel, lugar que reúne expertos en el ejercicio de la violencia, la riña es un campo de poder y un ámbito en el que, de forma reducida, se

presentan las más crueles tradiciones de la identidad masculina. Pero la violencia no sólo se ejerce entre pares sino también como recurso permanente de los funcionarios de las instituciones penitenciarias, que pueden llegar hasta la tortura para dominar, controlar y “corregir” a los reos. El sistema de género prevaleciente del penal determina que quienes dominan tengan la facultad del abuso y los medios para hacerlo mientras los dominados están desprovistos de ello. La única situación que subvierte este orden es el motín, en que la cárcel en su conjunto queda cuestionada. Fernández indica que las cárceles chilenas (pero podrían ser las de cualquier otro país de la región), con sus cuotas de castigo, impunidad, aislamiento y estigmatización de los reos, no han hecho sino potenciar y consolidar procesos que apuntan a la reproducción de la violencia como rasgo de la identidad masculina. El hacinamiento, la imposibilidad de un aislamiento efectivo, las torturas, las golpizas y la violencia entre prisioneros son parte de la organización y dinámica de la cárcel y como tales no dejan de reproducirse tanto en su interior como en sus políticas. Lo nuevo, en el caso chileno, es la ampliación del sistema de cárceles y su entrega a la administración privada, pero también el surgimiento de movimientos de prisioneros que buscan convertirse en actores de las políticas públicas que les conciernen y pueden limitar el flujo de violencia del que no deja de nutrirse constantemente la masculinidad de los reos.

Jan Hopman busca mostrar que los excesos dentro de los cuarteles tienen su fuente, desarrollo, proyección y sobrevivencia en la cultura machista prevaleciente en la sociedad civil y para la cual el hombre es superior a la mujer por razones “naturales”. Para este autor, uno de los mecanismos que operan dentro de la institución y provocan la violencia es el hecho de su conformación casi exclusiva por hombres. Pese a que la cultura militar tiende a establecer principios e ideales para toda la comunidad militar, cuestión que propiciaría un fuerte sentido de pertenencia, en la práctica sucede algo distinto y las armas son utilizadas por los conscriptos también para suicidarse. La lógica que opera dentro del servicio es la de generar sujetos duros, insensibilizados ante el sufrimiento humano y capaces de matar. En el ejército se refuerza y reproduce la concepción del macho que censura

la expresión de cualquier sentimiento de debilidad y obliga al muchacho a ser valiente para ser “hombre”. Por fuera de la violencia producida por una institución que se siente legitimada por la sociedad para el uso de las armas, y en la cual se consolidan y multiplican tanto el discurso como las prácticas del machismo, existen algunas características de los grupos militarizados que influyen en los excesos que se cometen en su interior. El autor menciona entre ellas, con base en trabajos presentados a la Comisión Chilena de Reconciliación y Justicia, las siguientes: la regresión y dependencia que se generan en su interior, la autoanestesia emocional, el narcisismo grupal, las prácticas de encubrimiento y el sadismo. Para terminar, Hopman plantea la necesidad de que las fuerzas armadas incorporen los derechos humanos no sólo en la educación de escuela militar sino también en las interacciones cotidianas del mundo militar, y que desplacen su centro de atención de la institución a la persona.

Por último, aunque no conocemos investigaciones en América Latina que aborden los vínculos entre la violencia ejercida en el ámbito público (institucional y político) y la violencia del ámbito privado (doméstico), parece ser posible afirmar que la violencia política y social que ha caracterizado la historia de los países de la región ha afectado las dinámicas internas de las familias de manera directa, al generar muertes, desplazamientos geográficos, etc. A su vez, una socialización mediada por la violencia como forma de solucionar los conflictos ha producido mujeres y hombres que reproducen esas formas de relación en el ámbito público. Dicho de otra manera, ni la violencia que se ha producido en los espacios privados ha sido ajena al contexto macrosocial de violencia, ni el ejercicio de la violencia política y social ha sido independiente del tipo de violencia que se aprende en el interior de la familia.

2.3.2. *Escenarios de homosocialidad masculina*

Una dimensión importante de la masculinidad es su expresión en los espacios públicos, espacios simbólicos del poder, del que las mujeres no han formado parte tradicionalmente. “En las sociedades patriar-

cales occidentales anteriores la mayor parte de la vida social estaba constituida por espacios exclusivamente masculinos, de modo que la homosocialidad era un hecho inevitable” (Marqués 1997: 28). Esto sigue siendo válido en el mundo contemporáneo, en el cual una parte de la vida de los varones transcurre en lugares monosexuados, es decir, en espacios cuyo uso o presencia se les atribuye en forma casi exclusiva. Los trabajos analizados en este aparte abordan el tema de las relaciones que entablan los varones entre sí en este tipo de espacios, como los cafés-bares y los escenarios deportivos.

Denise Fagundes Jardim (1992) presenta una sugestiva reflexión sobre la construcción social de la identidad masculina en las clases populares a partir de la descripción de los *butecos*, bares en los que se reúnen los hombres de los sectores populares en Porto Alegre, Brasil. La autora muestra la forma en que los hombres se apropian de este espacio social para construir territorios masculinos. En estos lugares de transición entre el espacio público del trabajo y el espacio privado de la vida familiar se privilegian las conversaciones en torno a la política, el deporte o los negocios, y cuando se aborda algún asunto de la vida privada, se habla desde una perspectiva impersonal, lúdica y codificada, sin consecuencias para la vida personal de quienes allí se reúnen. Incluso en la estética de estos espacios se puede ver cómo se articulan significados masculinos a las comidas, las bebidas y los sonidos. En otro artículo sobre el mismo tema —publicado en 1995— Jardim señala la importancia que tiene para los hombres, como vivencia masculina, la posibilidad de compartir con otros varones unos momentos en los cuales se producen interacciones y reflexiones en torno al comportamiento ideal masculino. Para la autora, la relación que establecen entre sí los hombres en los bares es una experiencia performática que se expresa a través del dominio sobre el consumo de bebidas alcohólicas, la capacidad de controlar el espacio físico del bar y la posibilidad de producir una imagen pública positiva de sí mismos o de su oficio, presentándose como trabajadores o proveedores de una familia, en contraposición con la imagen negativa de los *malandros* o vagabundos. Fagundes Jardim concluye que los *butecos* constituyen uno de los espacios privilegiados de socialización mascu-

lina, en los cuales se produce y reproduce cotidianamente el discurso sobre lo que significa ser un varón.

Otro ejemplo sobre la forma en que se construye la masculinidad en espacios reservados a los juegos de competencia entre varones nos lo brinda Édison Luis Gastaldo (1995) en su artículo "A forja do homem de ferro: a corporalidade nos esportes de combate". El autor describe las relaciones que se dan en una academia de deportes de combate como el *full-contact* y analiza las prácticas y representaciones de la corporalidad de un grupo de practicantes de este deporte. Según Gastaldo, los rasgos que caracterizan su discurso sobre su relación corporal con este deporte son tres: la utilización del cuerpo para la lucha, el desprecio por el dolor y la aceptación de las reglas que rigen esta práctica. Si bien en este artículo no se relacionan explícitamente estos usos sociales del cuerpo con la identidad masculina, la descripción y análisis del discurso de los practicantes de este deporte sugieren que el énfasis puesto en la superación del dolor y el cansancio a través de la aplicación e incorporación de una férrea disciplina constituye una forma masculina de percibir y moldear el cuerpo.

En el trabajo de Archetti anteriormente mencionado se señala que los significados explícitos e implícitos referidos a la masculinidad también se encuentran en los cantos de los hinchas de fútbol; pero, a diferencia del tango, el mundo del fútbol es exclusivamente masculino. A través de los cantos, los hinchas de los equipos dramatizan las identidades de género y establecen los límites entre los aspectos positivos y negativos de lo que teóricamente se define como masculino. Al defender con vehemencia su identidad masculina y descalificar la de sus adversarios, ponen de presente los criterios que organizan las relaciones entre los hombres: el dominio, el control y el poder. Algunos trabajos como el de Abarca y Sepúlveda en Chile (2001) muestran resultados similares entre varones de dos barras de fútbol. Los autores indican cómo la gestión del territorio, la historia común y la devoción por el club ocupan el lugar afirmativo de la masculinidad juvenil mientras la imagen construida del rival ocupa el lugar de la alteridad y la abyección. La constelación de significados que los barristas utilizan para comunicar el conflicto se expresa en una lógica binaria

masculino/femenino en la que todo lo propio será identificado al primer polo y todo lo del rival se asimilará al segundo. Unos y otros recurren a insultos que feminizan al rival, reduciéndolo a un rol menor en el orden familiar (madre, hijo) o sexual (“zorra”) y recordándole el tenor de la relación en el que éste se debe situar.

Con la modernidad emerge la presencia femenina en estos espacios proverbialmente masculinos. Sin embargo, a pesar del surgimiento de tiempos y espacios de encuentro entre hombres y mujeres, en muchos de ellos se tiende a reproducir la imagen de la masculinidad hegemónica y, en este sentido, a ignorar o a subordinar a las mujeres. Es paradigmática la presencia, en las graderías de los estadios deportivos, de las compañeras de los deportistas para aclamar las proezas de sus compañeros/héroes, alternando sus deberes domésticos con los de hinchas del equipo y adhiriendo en forma irrestricta a un espectáculo deportivo organizado por y para los hombres.

En resumen, podemos decir que los espacios de encuentro entre varones adultos, como los cafés y los escenarios deportivos, relevan las funciones de refuerzo de la masculinidad de las llamadas pandillas juveniles para los adolescentes. Los distintos estudios mencionados subrayan de diversas formas la importancia que tienen para los hombres estos ámbitos de homosocialidad masculina en los cuales se efectúan, *entre hombres*, los juegos de la competencia que les permiten validarse como varones. Como plantea Leverenz, citado por Kimmel (1997), “las ideologías de la virilidad han funcionado principalmente respecto a la mirada de los pares del varón y a la autoridad masculina”.

3. Reflexiones finales

Aunque el proceso descrito para los estudios sobre lo masculino en América Latina muestra esfuerzos recientes que están alimentando y desarrollando este nuevo campo investigativo, siguen existiendo temáticas poco exploradas que merecen reflexión y pueden ser de interés para futuras investigaciones. Por ejemplo, debe comenzar a problematizarse la relación entre las masculinidades y la política. En la introducción del libro *Masculinidades y equidad de género en América*

Latina, Teresa Valdés y José Olavarría señalaban en 1998 que no habían podido identificar a ningún científico, político, sociólogo o antropólogo que hubiera investigado en América Latina esta relación. Se necesitan también trabajos que muestren la existencia simultánea, en el interior de una misma sociedad, de formas de masculinidad hegemónicas y subordinadas con tensiones entre ellas, en “un juego de alianzas y contradicciones que matizan aún más el estudio y permiten comprender mejor la conducta individual” (Minello 1996: 15). Se requieren más investigaciones sobre la relación entre la construcción de la masculinidad, la violencia y la sexualidad. Además, como lo plantea Teresita de Barbieri (1995), es importante seguir conociendo cómo afecta a los varones la feminización actual de muchas labores desempeñadas tradicionalmente por hombres o, por el contrario, cómo viven los hombres su desempeño profesional en ocupaciones tradicionalmente femeninas. Igualmente, falta realizar más trabajos que analicen los efectos de la reestructuración económica y social en los proyectos y experiencias de vida masculinos. En el campo de la salud reproductiva, como lo señala Marta Lamas (1996), se trata no sólo de incluir al varón en el análisis de los procesos de salud reproductiva sino también de incorporar la dimensión simbólica e imaginaria del cuerpo masculino. Se trata de entender que para analizar la masculinidad no sólo se requiere abordarla como una construcción cultural e histórica, es decir, como una cuestión de género, sino también referirse a la subjetividad, al cuerpo como un hecho cultural y psíquico y a las implicaciones de la diferencia sexual. Igualmente, es importante poner en común los conocimientos acumulados en el campo de los estudios de género y en el campo de los estudios sobre diversidad sexual para entender mejor fenómenos como el de la bisexualidad, de gran incidencia en la problemática contemporánea de la transmisión del VIH/sida, o el del trasgenerismo. También es necesario desarrollar estudios sobre las distintas formas de vida homosexual, sobre las demandas de protección, de seguridad social, de derechos patrimoniales y de sucesión, y de homoparentalidad para las parejas gays, y sobre las agresiones homofóbicas de las que son objeto las poblaciones homosexuales.

Pero no solamente falta abordar ciertos temas sino también adoptar posturas críticas frente a algunas formas de entender y analizar lo masculino. Desde hace algunos años se ha empezado a difundir en América Latina cierto tipo de literatura que, retomando los planteamientos de Robert Bly en su libro *Iron John*, uno de los libros sobre masculinidad que más interés ha suscitado en los medios de comunicación norteamericanos, habla de la profunda nostalgia de los varones por una vida con significado y repercusiones (Bly 1991) y de la falta de poder de unos varones educados en hogares donde el padre estaba ausente o la madre gozaba de demasiado poder. Las ideas de Bly han tenido cierta repercusión en algunos autores y países latinoamericanos y así se han desarrollado grupos y movimientos de hombres que buscan alternativas para la transformación de la masculinidad. Para tal objeto se proponen talleres exclusivamente de hombres que buscan permitirles el reencuentro con la figura paterna y la exploración de los atributos positivos de la masculinidad (cf. Cardelle 1992, Kreimer 1992). El énfasis de gran parte de los trabajos escritos desde la perspectiva mitopoética de Bly en el resquebrajamiento de la identidad masculina lleva implícito un mensaje crítico hacia las mujeres, responsabilizándolas de esta situación, y pretende fortalecer la tradicional masculinidad hegemónica. (García de León 1994). Por otra parte, los diagnósticos y soluciones que plantea este tipo de literatura apuntan a las situaciones y transformaciones interpersonales, desconociendo la importancia de las situaciones y transformaciones institucionales, sociales, económicas y políticas (Kimmel 1992, García de León 1994).

En el campo académico, algunos de los nuevos trabajos sobre masculinidad siguen ignorando el punto de vista de las mujeres sobre los hombres, pues no lo consideran relevante para entender la masculinidad. Sin embargo, como se ha planteado en estudios recientes, es importante recordar que los hombres y las mujeres interactúan y se afectan en permanencia en la vida cotidiana (Gutmann 1997, 1999). No sobra insistir en que la masculinidad no puede ser entendida sino en el interior de una estructura mayor, el género, definido como una forma de ordenamiento de la práctica social (Connel 1998) y en que

la experiencia de género de los varones no se determina únicamente por su sexo sino también por el lugar que ocupan dentro de las categorías de clase, étnico-raciales, generacionales, etc. de la sociedad en la que viven (Fuller 1997b). Es importante seguir documentando, a través de las investigaciones, las desigualdades existentes en las relaciones de género a pesar de los cambios en las representaciones masculinas, que algunas veces no constituyen sino adecuaciones a las condiciones sociales contemporáneas. El énfasis de muchos estudios en los cambios que están experimentando los varones al calor de las transformaciones sociales de las mujeres puede ocultar el hecho de que la equidad de género no está presente en las prácticas cotidianas. Si bien algunas de las demandas de los movimientos feministas están siendo adoptadas en los discursos “oficiales” de algunos sectores sociales latinoamericanos, es necesario señalar que el proceso de transformación de las representaciones y prácticas de los varones latinoamericanos no ha sido homogéneo ni ha estado desprovisto de contradicciones. También es plausible tomar en cuenta la constatación de los procesos de globalización de los modelos de género, como lo sugiere el sociólogo Robert Connell (2000). Este autor nos invita a superar “el momento etnográfico”, los estudios empíricos —útiles para aprehender las construcciones locales y nacionales de las masculinidades—, con el objetivo de reflexionar, desde un punto de vista histórico y geopolítico, sobre las masculinidades globalizantes y sobre la difusión de modelos masculinos a través de los procesos coloniales y neocoloniales o de los del liberalismo económico mundial.

Finalmente, y para cerrar provisionalmente este rápido recorrido temático y analítico, es pertinente subrayar la importancia de estudiar las masculinidades desde América Latina. ¿Qué implicaciones tiene, desde nuestro punto de vista, esta afirmación? En primer lugar, asumir la necesidad de teorizar para producir parámetros de conocimiento pertinentes para la comprensión de las identidades masculinas y las relaciones de género en América Latina. Es decir, superar ese papel que han tenido algunas investigaciones latinoamericanas de exportadoras de materias primas de conocimiento (de experiencias sociales) e importadoras de paradigmas para la interpretación y el

procesamiento teórico de estas “materias primas”. En segundo lugar, modificar esa imagen esencializante y homogeneizadora que se puede tener de la masculinidad cuando se trabaja sobre América Latina. Para tal objeto, es necesario deconstruir categorías como “machismo latinoamericano”, relacionadas con los imaginarios coloniales, modernizadores y europeizantes sobre las masculinidades de los grupos sociales dominados, y hacer visibles las contradicciones y pugnas internas que existen entre las distintas masculinidades presentes en América Latina. En tercer lugar, documentar más y mejor, mediante estudios históricos y contemporáneos, las resistencias (y/o adhesiones) de los varones de estos grupos (campesinos, “indios”, “negros”, homosexuales) a las normas de masculinidad hegemónicas y rescatar el carácter potencialmente contestatario de sus luchas.

BIBLIOGRAFÍA

Abarca, H. (2001). "Crónicas del aguante", en J. Olavarría (ed.) *Hombres: identidad/es y violencia*, Red Masculinidad/es, Chile/Flacso/Academia de Humanismo Cristiano, pp. 111-125.

Abarca, H. y Sepúlveda, M. (2001). "El feo, el sucio y el malo. Un estudio exploratorio sobre masculinidad y violencia entre varones de dos barras de fútbol en Chile", Ponencia presentada en el Tercero Programa de Treinamiento em Pesquisa sobre Direitos Reprodutivos na América Latina e Caribe, Homens-Masculinidades, Fundação Carlos Chagas, Recife.

Arango, L. G., León, M. y Viveros, M. (1995). *Género e identidad, ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, TM Editores, Uniandes, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Archetti, E. (1998). "Masculinidades múltiples. El mundo del tango y del fútbol en la Argentina", en D. Balderston y D. J. Guy (comps.), *Sexo y sexualidades en América Latina*, Paidós, Buenos Aires.

Arhila, M., Unbehaun, S. y Medrado, B. (1998). *Homens e masculinidades. Outras palavras*, Editora 34, São Paulo.

Bastos, S. (1998). "Desbordando patrones: el comportamiento doméstico de los hombres", en *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, nº 7, Centro de Estudios de Género, Universidad de Guadalajara.

———. (1999). "Más allá de la dominación masculina. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares". Ponencia presentada en el Seminario Hogar, Pobreza y Bienestar en México, Iteso, Guadalajara.

Bly, R. (1991). *Iron John. A Book about Men*. Addison-Wesley Publishing Company, Inc., Reading, Massachussets.

Bourdieu, P. (1990). "La domination masculine", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 84, pp. 3-31.

———. (1991). *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.

———. (1998). *La domination masculine*, Seuil, París.

Cáceres, C. (1995). "Bisexualidades masculinas en la Lima de los noventa: consideraciones de salud sexual, en *El amor y sus especies*, PUCP, Lima, pp. 39-57.

Cardelle, F. (1992). *El desafío de ser hombres hoy*, Universidad Javeriana, Bogotá.

Cardoso, J. L. (1998). "Paternidade adolescente: da investigação à intervenção", en M. Arhila, Unbehaun, S. y Medrado, B., *Homens e masculinidades. Outras palavras*, Editora 34, São Paulo, pp. 185-215.

Castelain-Meunier, C. (1988). *Les hommes aujourd'hui. Identité et virilité*, Acropole, Paris.

Castells, M. (1997). *Le pouvoir de l'identité*. Fayard Editions, Paris.

Cazés, D. (2002). "¿Y los hombres qué?", *Revista Memoria en línea*, n° 154, <http://www.memoria.com.mx/>

Clatterbaugh, K. (1997). *Contemporary Perspectives on Masculinity. Men, Women and Politics in Modern Society*, Westview Press, Boulder, Colorado.

Connell, R. W. (1997). "La organización social de la masculinidad", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Isis Internacional/Flacso, Santiago, pp. 31-48.

———. (1998). "El imperialismo y el cuerpo de los hombres", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago, pp. 76-90.

———. (2000). "Masculinités et mondialisation", in Daniel Welzer-Lang (dir.) *Nouvelles approches des hommes et du masculin*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, pp. 195-221.

De Barbieri, T. (1992). "Sobre la categoría género: una introducción teórico-metodológica", en *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres, Santiago.

———. (1995). "Certezas y malos entendidos sobre la categoría género", en L. Guzmán y G. Pacheco (comps.) *Estudios básicos de derechos humanos*, tomo IV, IIDH/CUE, pp. 49-83.

De Keijzer, B. (1995). "La masculinidad como factor de riesgo". Ponencia presentada en el Seminario *Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline*, International Union for the Scientific Study of Population, Zacatecas, México.

———. (s. f.). "Paternidad y transición de género", en *Transformation of Family Structures, Gender Relations in the Nineties and the Future of Children*, Population Council, Mimeógrafo.

De Suremain, M. D. y Acevedo, O. F. (1999). "Feminización de la pobreza y retroceso de la paternidad en sectores populares de Medellín". Ponencia presentada en el Seminario Internacional El Padre, Cambios y Retos, Medellín.

Defossez, A. C., Fassin, D. y Viveros, M. (1992). *Mujeres de los Andes. Condiciones de vida*, IFEA, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.

Devereux, A. M. (1984). "La parentalité dans le travail. Rôles de sexe et rapports sociaux", in *Le sexe du travail*, Presses Universitaires de Grenoble, pp. 113-126.

———. (1988). "Les rapports de sexe constituent un rapport social et les hommes en sont l'un des termes: conséquences sur la construction des objets d'analyse", *Cahiers de L'Apré*, n° 7, pp. 150-167.

———. (1999). "Thèmes et problématiques des recherches sur les homes: un état de la question", Actes des Journées d'études organisées para le GDR-MAGE (Journée du 4 juin 1999. "Du côté des hommes"), Document de travail n° 1.

Dos Santos, L. (2000). "Carga pesada: um estudo das relações de trabalho e de gênero entre os caminhoneiros", ponencia presentada al III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Buenos Aires.

Dussán de Reichel, A. (1954). "Características de la personalidad masculina y y femenina en Taganga", *Revista Colombiana de Antropología*, vol. II, pp. 89-113.

Elías, N. (1982). *La sociedad cortesana*, FCE, Madrid.

———. (1994). "El cambiante equilibrio de poder entre los sexos: estudio sociológico de un proceso: el caso del antiguo Estado Romano", en J. Varela (ed.), *Conocimiento y poder*, La Piqueta, Madrid, pp. 121-167.

Escobar Latapí, A. (1998). "Los hombres y sus historias. Reestructuración y masculinidad en México", en Abramo y Rangel de Paiva Abreu (eds.) *Gênero e trabalho na sociologia latinoamericana*, Alast, Sert, São Paulo, pp. 197-226.

Fachel Leal, O. (1992). "Suicidio, honra e masculinidade na cultura gaúcha", en *Cadernos de Antropologia*, nº 6, pp. 7-21.

———. (1992a). "O mito da Salamandra do Jarau: a constituição do sujeito masculino na cultura gaúcha", en *Cadernos de Antropologia*, nº 7, pp. 6-14.

Fernández Labbé, M. (2001). "Espacio carcelario y reproducción de la violencia masculina en Chile durante el siglo xx", en J. Olavarría (ed.) *Hombres: identidad/es y violencia*, Red Masculinidad/es Chile/Flacso/Academia de Humanismo Cristiano, pp. 125-133.

Ferrand, M. (1984). "Paternité et vie professionnelle", in *Le sexe du travail*, Presses Universitaires de Grenoble, pp. 126-137.

Figueroa, J. G. (1995). "Algunas reflexiones sobre la participación masculina en los procesos de salud reproductiva", paper preparado para el Seminario Fertility and the Male Life Cycle in the Era of Fertility Decline, International Union for the Scientific Study of Population, Zacatecas, México.

———. "Algunas propuestas analíticas para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago, pp. 175-198.

Fuller, N. (1993). *Dilemas de la femineidad. Mujeres de clase media en el Perú*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

———. (1996). "Los estudios sobre masculinidad en Perú", en P. Ruiz-Bravo (ed.), *Detrás de la puerta. Hombres y mujeres en el Perú de hoy*, PUCP, Lima, pp. 39-57.

———. (1997). *Identidades masculinas, varones de clase media en el Perú*, PUCP, Lima.

———. (1998). "Reflexiones sobre el machismo en América Latina", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago de Chile, pp. 258-266.

García de León, M. A. (1994). *Elites discriminadas*, Anthropos, Barcelona.

García, C. I. (1994). "Los pirobos del Terraza: interacción y discriminación sociales en un grupo de trabajadores sexuales", Monografía presentada como requisito para obtener el título de Licenciado en Filología e Idiomas, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

———. (1999). "Los pirobos": nómadas en el mercado del deseo". *Nómadas*, nº 10, pp. 216-228.

García, S. M. (1998). "Conhecer os homens a partir do genero e para além do genero", en M. Arhila, Unbehaun, S. y Medrado, B., *Homens e masculinidades. Outras palavras*, Editora 34, São Paulo. p. 31-51.

Gastaldo, E. L. (1995). "A forja do homem de ferro: a corporalidade nos esportes de combate", en O. F. Leal (org.), *Corpo e significado*, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, pp. 207-225.

Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid.

——— (1995a). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Península, Barcelona.

Gilmore, D. (1990). *Manhood in the Making: Cultural Concepts of Masculinity*, Yale University Press, New Haven.

Gomáriz, E. (1992). "Los estudios de género y sus fuentes epistemológicas", en *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres, Santiago.

Gomensoro, A., Lutz, E., Güida, C. y Corsino, D. (1995). *La nueva condición del varón*, Editorial Fin de Siglo, Montevideo.

Gros, C. (2000). "La nation en question: identité ou métissage", *Hérodote*, nº 99, pp-106-136.

Gutierrez De Pineda, V. (1968). *Familia y cultura en Colombia*, Tercer Mundo/Universidad Nacional, Primera edición, Bogotá.

Gutmann, M. (1993). "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México de los noventa", *Revista de Estudios Sociológicos*, vol. XI, nº 33, pp. 725-740.

———. (1994). "Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos", en *Alteridades*, vol. 4, nº 7, pp 9-19.

———. (1997). "Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity", *Annual Review of Anthropology*, nº 26, pp. 385-409.

———. (1998): "El machismo", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago, pp. 238-257.

———. (1999): "Las fronteras corporales de género: las mujeres en la negociación de la masculinidad", en M. Viveros y G. Garay, (comps.), *Cuerpo, diferencias y desigualdades*, CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 105-123.

Guzmán, V. y Portocarrero, P. (1992). *Construyendo diferencias*, Flora Tristán Ediciones, Lima.

Hearn, J. (1987) *The Gender of Oppression: Men, Masculinity and the Critique of Marxism*, Wheatsheaf, Brighton.

———. (2000). "Quelle politique pour l'organisation des études critiques sur les hommes?", en D. Welzer-Lang (dir.), *Nouvelles approches des hommes et du masculin*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, pp. 255-262.

Henaó, H. (1994). "El hombre finisecular en busca de identidad: reflexiones a partir del caso antioqueño", ponencia presentada en el Simposio Sexualidad y Construcción de Identidad de género, VII Congreso de Antropología en Colombia. Universidad de Antioquia, Medellín.

———. (1997). "Un hombre en casa. La imagen del padre hoy. Papeles y valores que destacan 400 encuestados en Medellín", en *Nómadas. Género: balances y discursos*, nº 6.

Hernández, A. (2000). "El mercado masculino de trabajo en el área de enfermería. Hablan los hombres", ponencia presentada al III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, Buenos Aires.

Hopman, J. (2001). "El machismo: su relación con los excesos al interior de las fuerzas armadas", en J. Olavarría (ed.) *Hombres: identidad/es y violencia*, Red Masculinidad/es Chile/Flacso/Academia de Humanismo Cristiano, pp. 133-147.

Jardim, D. (1992). "Espaço social e autosegregação entre homens: gostos, sonoridades e masculinidades", en *Cadernos de Antropologia*, nº 7, pp. 28-41.

———. (1995). “Performances, Reprodução e Produção dos corpos masculinos”, en O. F. Leal (org.), *Corpo e significado*, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, pp. 193-207.

Kaufman, M. (1987). “The construction of masculinity and the triad of Men’s violence”, en M. Kaufman, *Beyond Patriarchy, Essays by Men on Pleasure, Power and Change*, Nueva York y Toronto, Oxford University Press, pp 1-29.

———. (1989). *Hombres. Placer, poder y cambio*, Cipaf, Santo Domingo.

Kaufman, M. y Pineda M. (1991). *La paradoja del poder*, Cipaf, Santo Domingo.

Kimmel, M. (1992). “La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes”, en *Fin de siglo: género y cambio civilizatorio*, Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres, Santiago de Chile, pp. 129-138.

———. (1997). “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en T. Valdés y J. Olavarría, (eds.), *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Isis Internacional/ Flacso, Santiago de Chile, pp. 63-82.

Kogan, Liuba: “Estudios sobre relaciones de género en los sectores medios y altos de Lima”, en P. Ruiz-Bravo (ed.), *Detrás de la puerta. Hombres y mujeres en el Perú de hoy*, PUCP, Lima, pp 27-39.

Kreimer, J. C. (1992). *El varón sagrado*, Editorial Planeta, Buenos Aires.

Lamas, M. (1996). “Hombres antes que masculinidades; o por qué el género no basta para comprender la diferencia sexual”, ponencia presentada en el VI Coloquio de Estudios de Género en la Unam. Mesa: Los hombres, el feminismo y los estudios de género.

Lancaster, R. (1998), “La actuación de Guto. Notas sobre el travestismo en la vida cotidiana”, en D. Balderston y D. J. Guy (comps.), *Sexo y sexualidades en América Latina*, Paidós, Buenos Aires, pp. 29-69.

Lefaucheur, N. y Falconnet, G. (1975). *La fabrication des mâles*, Seuil, Paris.

Leñero, L. (1992). “Los varones ante sí mismos”. En M. del Carmen Elú y L. Leñero Otero, *De carne y hueso. Estudios sociales sobre género y reproducción*, Instituto Mexicano de Estudios Sociales, México, pp. 75-95.

Liendro, E. (1998). "Masculinidades y violencia desde un programa de acción en México", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago de Chile, pp 130-137.

Liguori, A. L. (1995). "Las investigaciones sobre bisexualidad en México, *Debate Feminista*, México, año 6, vol. 11, pp. 10-37.

Marqués, J. V. (1997). "Varon y patriarcado", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Ediciones de las Mujeres nº 24, Isis International, Flacso, Santiago de Chile, pp. 17-30.

Mauro, A., Araujo, K. y Godoy, L. (2001). "Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo, en J. Olavarría (ed.) *Hombres: identidad/es y violencia*, Red Masculinidad/es Chile/Flacso/Academia de Humanismo Cristiano, pp 55-73.

Minello, N. (1995). "Reflexiones sobre masculinidad", en *Salud Reproductiva y Sociedad*, año 11, nº 5, pp. 13-17.

———. (1996). "Reflexiones sobre masculinidad", *Revista Salus Reproductiva y Sociedad*, nº 5, pp. 13-17.

Montecino, S. (1991). *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*, Editorial Cuarto Propio/Cedem, Santiago.

———. (1995). "Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades", en L. G. Arango, M. León y M. Viveros (comp.), *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Ediciones Uniandes/Tercer Mundo, Bogotá, pp. 265-281.

Moore, H. (1991). *Antropología y feminismo*, Cátedra, Madrid.

Nolasco, S. (1993). *O mito da masculinidade*, Editorial Rocco, Río de Janeiro.

———. (1995). "A desconstrução do masculino: uma contribuição crítica á análise de gênero", en S. Nolasco (org.), *A desconstrução do masculino*, Editorial Rocco, Río de Janeiro, pp 15-30.

Ortner, S. y Whitehead, H. (eds.) (1981). *Sexual Meanings. The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge University Press.

Palma, M. (1990). "El malinchismo o el lado femenino de la sociedad mestiza", en M. Palma (de.), *Simbólica de la feminidad*, Ediciones Abya-Yala, Colección 500 años, nº 23, Quito.

Parker, Ian: (1997). "Hombre, mito y subjetividad psicoanalítica", en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n° 30, otoño.

Parker, R. (1991). *Corpos, prazeres y paixoes. A cultura sexual no Brasil contemporaneo*, Best Seller, Río de Janeiro.

———. (1995). "Estado de la investigación en sexualidad: avances y desafíos sociales", ponencia presentada en el 1 Seminario Taller Sudamericano en Investigación Sociocultural en Sexualidad. Prioridades y desafíos, 20-21 de noviembre, Santiago de Chile.

———. (1998). "Hacia una economía política del cuerpo: construcción de la masculinidad y de la homosexualidad masculina en Brasil", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/ NFFPA, Sanantiago de Chile, 1998, pp. 106-130.

Paz, O. (1959). *El laberinto de la soledad*, FCE, México.

Pesce, A. (1988). "Los conflictos de sexo en el trabajo: reflexiones a partir de una investigación empírica en Italia", en *Sociología del Trabajo*, n° 3, pp. 35-57.

Pineda, J. (2000). "Masculinidad y desarrollo. El caso de los compañeros de las mujeres cabeza de hogar", en A. I. Robledo y Y. Puyana (comps.), *Ética: masculinidades y feminidades*, Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional, Colección CES, Bogota, pp. 228-270.

Ramírez, J. C. (2001). "Masculinidad y violencia doméstica", Ponencia presentada en el Terceiro Programa de Treinamiento em Pesquisa sobre Direitos Reprodutivos na América Latina e Caribe, Homens-Masculinidades, Fundación Carlos Chagas, Recife.

Ramírez, R. (1993). *Dime capitán. Reflexiones en torno a la masculinidad*, Ediciones Huracán, Puerto Rico.

———. (1995). "Ideologías masculinas: sexualidade e poder", en S. Nolasco (org.), *A desconstrução do masculino*, Editorial Rocco, Río de Janeiro, pp. 75-83.

Rosaldo, R. (1990). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Grijalbo, México.

Rubin, G. (1984). "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics on Sexuality", in Carole Vance (ed.), *Pleasure and Danger*. Routledge & Kegan Paul.

———. (1997) “Entre familia y trabajo. Las trayectorias sociales de las parejas de doble carrera. Un estudio de caso colombiano”, en *Memorias de la IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia*, Cartagena de Indias, 8 al 12 de septiembre.

———. (1997a). “Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente”, en *Nómadas. Género: balances y discursos*, nº 6, pp. 55-67.

———. (1998). “Dionisios negros: sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia”, Paper presented at The Latin American Studies Association Congress, Chicago.

———. (2001). “Masculinidades, diversidades regionales y cambios generacionales”, en M. Viveros, J. Olavarría y N. Fuller, *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, pp. 35-153, CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Viveros, M. y Cañón, W. (1997). “Pa bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los quibdoseños”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Isis Internacional/ Flacso, Santiago de Chile, pp. 125-139.

Viveros, M. y Gómez, F. (1998). “La elección de la esterilización masculina: Alianzas, arbitrajes y desencuentros conyugales”, en *Mujeres, hombres y cambio social*, L. G. Arango et al, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 85-133.

Viveros, M., Gómez, F. y Otero, E. (1997). “Representaciones y prácticas sociales de la esterilización masculina. Un estudio de caso en Bogotá”, Primer, segundo y tercer informe de avance, PGMD, CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Welzer-Lang, D. (1992). “Les études ou écrits sur les hommes et le masculin en France”, en *Des hommes et du masculin*, Presses Universitaires de Lyon, CREA/BIEF-Cefup Lyon.

Parker, Ian: (1997). "Hombre, mito y subjetividad psicoanalítica", en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, n° 30, otoño.

Parker, R. (1991). *Corpos, prazeres y paixoes. A cultura sexual no Brasil contemporaneo*, Best Seller, Río de Janeiro.

———. (1995). "Estado de la investigación en sexualidad: avances y desafíos sociales", ponencia presentada en el I Seminario Taller Sudamericano en Investigación Sociocultural en Sexualidad. Prioridades y desafíos, 20-21 de noviembre, Santiago de Chile.

———. (1998). "Hacia una economía política del cuerpo: construcción de la masculinidad y de la homosexualidad masculina en Brasil", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/ NFPA, Sanantiago de Chile, 1998, pp. 106-130.

Paz, O. (1959). *El laberinto de la soledad*, FCE, México.

Pesce, A. (1988). "Los conflictos de sexo en el trabajo: reflexiones a partir de una investigación empírica en Italia", en *Sociología del Trabajo*, n° 3, pp. 35-57.

Pineda, J. (2000). "Masculinidad y desarrollo. El caso de los compañeros de las mujeres cabeza de hogar", en A. I. Robledo y Y. Puyana (comps.), *Ética: masculinidades y feminidades*, Facultad de Ciencias Humanas Universidad Nacional, Colección CES, Bogota, pp. 228-270.

Ramírez, J. C. (2001). "Masculinidad y violencia doméstica", Ponencia presentada en el Terceiro Programa de Treinamiento em Pesquisa sobre Direitos Reprodutivos na América Latina e Caribe, Homens-Masculinidades, Fundación Carlos Chagas, Recife.

Ramírez, R. (1993). *Dime capitán. Reflexiones en torno a la masculinidad*, Ediciones Huracán, Puerto Rico.

———. (1995). "Ideologías masculinas: sexualidade e poder", en S. Nolasco (org.), *A desconstrução do masculino*, Editorial Rocco, Río de Janeiro, pp. 75-83.

Rosaldo, R. (1990). *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Grijalbo, México.

Rubin, G. (1984). "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics on Sexuality", in Carole Vance (ed.), *Pleasure and Danger*. Routledge & Kegan Paul.

Salcedo, H. (1995). "El aborto en Colombia: exploración local de la experiencia masculina", Informe final presentado a la OMS, CIDS, Universidad Externado de Colombia.

Scott, J. (1986). "Gender: a Useful Category of Historical Analysis", *American Historical Review*, n° 91.

Sequeira, J. (1998). "El grupo de hombres contra la violencia de Nicaragua", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago de Chile, pp. 130-137.

Serrano, J. F. (1994). "Diversidad cultural y homosexualidades", Ponencia presentada en el Simposio Sexualidad y Construcción de Identidad de género, VII Congreso de Antropología en Colombia, Universidad de Antioquia, Medellín.

———. (1999). "Cuerpos contruidos para el espectáculo", en M. Viveros y Gloria G. (eds.) *Cuerpos, diferencias y desigualdades*, Universidad Nacional, Colección CES, Bogotá.

Serrano, J. F., Sánchez, B. y Del Castillo, M. (2001). "Construcciones de lo paterno y materno en padres y madres adolescentes de Bogotá". Ponencia presentada en el Terceiro Programa de Treinamiento em Pesquisa sobre Direitos Reprodutivos na América Latina e Caribe, Homens-Masculinidades, Fundação Carlos Chagas, Recife.

Shapiro, J. (1981). "Anthropology and the Study of Gender", en E. Langland y W. Gove (eds.), *A Feminist Perspective in the Academy*, University of Chicago, Chicago, pp. 110-129.

Stolcke, V. (1992). "¿Es el sexo para el género como la raza para la etnicidad?", *Cuadernos inacabados*, n° 8, Madrid, pp. 87-111.

Streicker, J. (1995). "Race, Class and Gender in Cartagena, Colombia", en *American Ethnologist*, n° 22 (1), pp. 54-74.

Szasz, I. (1998). "Los hombres y la sexualidad: aportes de la perspectiva feminista y primeros acercamientos a su estudio en México", en S. Lerner (ed.), *Varones, sexualidad y reproducción*, El Colegio de México, México, pp. 137-163.

Tolbert, K., Morris, K. y Romero, M. (1994). "Los hombres y el proceso de decisión respecto al aborto: hacia un modelo de relaciones de género y el aborto", Ponencia presentada en el Encuentro de

Investigadores sobre aborto inducido en América Latina y el Caribe, realizado en la Universidad Externado de Colombia del 15 al 18 de noviembre de 1994, Bogotá.

Toneli Siqueira, M. J. (2001). "Paternidade adolescente: seu lugar nos programas públicos na área da saúde reprodutiva na região da grande Florianópolis. Ponencia presentada en el Terceiro Programa de Treinamiento em Pesquisa sobre Direitos Reprodutivos na América Latina e Caribe, Homens-Masculinidades, Fundación Carlos Chagas, Recife.

Urrea, F. y Quintín, P. (2001). "Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y barriales" en Ponencia presentada en el Terceiro Programa de Treinamiento em Pesquisa sobre Direitos Reprodutivos na América Latina e Caribe, Homens-Masculinidades, Fundación Carlos Chagas, Recife.

Valdés, T. y Olavarría, J. (eds.). (1997). *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Isis Internacional/ Flacso, Santiago de Chile.

———. (1998). "Ser hombre en Santiago de Chile. A pesar de todo, un mismo modelo", en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, Flacso/UNFPA, Santiago, pp. 12-36.

Valdés, T., Benavente, M. C., y Cysling, J. (1999). *El poder en la pareja, la sexualidad y la reproducción: Mujeres de Santiago*, Flacso, Santiago.

Valenzuela, V. (2001). "Hombres que viven relaciones de violencia conyugal", en J. Olavarría (ed.), *Hombres: identidad/es y violencia*, Flacso, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago de Chile, pp. 157-175.

Villa, A. (1996). "Fecundidad y masculinidad: algunos dilemas subjetivos en la construcción de género en los varones", mimeo, Buenos Aires.

Viveros, M. (1992). "Las organizaciones femeninas populares y la salud de la mujer: autoexplotación o promoción?", en A. C. Defosse, D. Fassin, M. Viveros (eds.), *Mujeres de los Andes. Condiciones de vida*, IFEA, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, pp. 289-321.

———. (1997) “Entre familia y trabajo. Las trayectorias sociales de las parejas de doble carrera. Un estudio de caso colombiano”, en *Memorias de la IV Conferencia Iberoamericana sobre Familia*, Cartagena de Indias, 8 al 12 de septiembre.

———. (1997a). “Los estudios sobre lo masculino en América Latina. Una producción teórica emergente”, en *Nómadas. Género: balances y discursos*, nº 6, pp. 55-67.

———. (1998). “Dionisios negros: sexualidad, corporalidad y orden racial en Colombia”, Paper presented at The Latin American Studies Association Congress, Chicago.

———. (2001). “Masculinidades, diversidades regionales y cambios generacionales”, en M. Viveros, J. Olavarría y N. Fuller, *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, pp. 35-153, CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Viveros, M. y Cañón, W. (1997). “Pa bravo... yo soy candela, palo y piedra. Los quibdoseños”, en T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Isis Internacional/ Flacso, Santiago de Chile, pp. 125-139.

Viveros, M. y Gómez, F. (1998). “La elección de la esterilización masculina: Alianzas, arbitrajes y desencuentros conyugales”, en *Mujeres, hombres y cambio social*, L. G. Arango et al, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 85-133.

Viveros, M., Gómez, F. y Otero, E. (1997). “Representaciones y prácticas sociales de la esterilización masculina. Un estudio de caso en Bogotá”, Primer, segundo y tercer informe de avance, PGMD, CES, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Welzer-Lang, D. (1992). “Les études ou écrits sur les hommes et le masculin en France”, en *Des hommes et du masculin*, Presses Universitaires de Lyon, CREA/BIEF-Cefup Lyon.